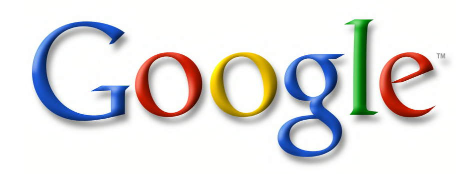




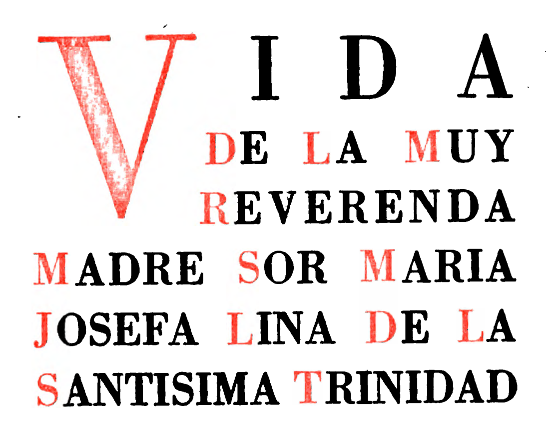


VIDA DE LA MVY REVERENDA MADRE SOR MARIA JOSEFA LINA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

LO ESCRIBIO EL REVERENDO PADRE DOCTOR DON JUAN BENITO DIAZ DE GAMARRA Y DAVALOS

MEXICO, AÑO MDCCCXXXI

VIDA DE LA MVY REVERENDA MADRE SOR MARIA JOSEFA LINA DE LA SANTISIMA TRINIDAD-LO ESCRIBIO EL REVERENDO PADRE DOCTOR DON JUAN BENITO DIAZ DE GAMARRA Y DAVALOS



VIDA DE LA MUY REVERENDA MADRE SOR MARIA JOSEFA LINA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

EXEMPLAR

DE RELIGIOSAS

VIDA

de la M. R. M. Sor
Maria Josefa de
la Santisima Trinidad.
Fundadora del Rl. Combento
de la Purisima Conrep-
cion de la Villa de S. Migl.
el Grande Obispado de Mi-
chuacan en la N. España.

Exemplar de Religiosas
vida

de la M. R. M.e Sor Maria Josefa
Lino de la Santisima Trinidad, Funda=
dora del R.l Combento de la Purisi=
ma Consepcion, en la Villa de San
Miguel el Grande Obispado de Mi=
choacan en la nueba España

Escrita

Por el P.e D.n Juan Benito Dias de
Gamarra y Davalos Presbitero Secu=
lar de la Congregacion del Oratorio de
dha Villa Comis.o del S.to Oficio &.a

Dala a luz publica

D.n José Mariano Loreto de la Canal Her=
bas y Flores Regidor de Cano y Al=
ferez Real de la misma Villa,
hermno. de la M. R. M.e

Reproducción de la carátula del original, que obra en poder de don Carlos Diez de Sollano



Sor María Josefa Lina de la Santísima Trinidad

1770-1970

EJEMPLAR DE RELIGIOSAS.

VIDA

DE LA MUY REVERENDA MADRE

SOR MARIA JOSEFA LINA

DE LA

SANTISIMA TRINIDAD

FUNDADORA DEL CONVENTO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN, EN LA CIUDAD DE SAN MIGUEL DE ALLENDE, OBISPADO DE MICHOACÁN:

ESCRITA

Por el R. P. Dr. D. Juan Benito Diaz de Gamarra y Dávalos, Presbítero secular de la Congregación del Oratorio de dicha ciudad.

DANLA A LA LUZ PÚBLICA LOS SOBRINOS DE DICHA R. M.



MÉXICO.

EN LA IMPRENTA DEL CIUDADANO ALEJANDRO VALDÉS,
Calle de Santo Domingo número 12.

1831

PROTESTA.

Como hijo obediente de Nuestra Madre la Santa Iglesia Católica, Apostólica Romana, sujéto á su corrección cuanto digo en esta obra; conformándome con sus infalibles determinaciones, y decretos de N. SS. P. el Señor Urbano VIII., de gloriosa memoria.

PARECER

DEL SEÑOR DOCTOR DON JOSÉ RAFAEL DE OLAGUIBEL. DIPUTADO AL CONGRESO DE LA UNIÓN.

SEÑOR PROVISOR.

Bastaba ver al frente de la vida de la R. M. SOR MARÍA JOSEFA LINA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, fundadora del convento de la Concepción de la ciudad de San Miguel de Allende, el nombre respetable del P. Dr. D. Benito Diaz de Gamarra, para juzgar que estaria escrita con toda la ilustración y cordura que distinguieron siempre á este sábio americano. Sin embargo, la he ecsaminado con toda la reflección que demanda la confianza con que V. S. se digna distinguirme, y lejos de encontrar en ella cosa alguna que se oponga á la religión ó á la sana moral, que es lo único á que debe contraerse mi dictámen, creo que su publicación será útil para la edificación de las almas, y especialmente aquellas que se han consagrado á Dios con los votos religiosos. Ellas encontrarán en este escrito, no solo bellos ejemplos que puedan animarlas á pretender la perfección; mas al mismo tiempo una esplicación compendiosa y clara de las virtudes, que sirvieron de norma á la vida de SOR MARÍA JOSEFA.

En esta virtud, soy de parecer que V. S., si lo tiene á bien, conceda el permiso que se solicita para la impresión.

México 23 de diciembre de 1830.

Dr. José Rafael de Olaguibel.

LICENCIA DEL ORDINARIO

México 17 *de enero de* 1831.

Por la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos licencia para que se pueda dar á la prensa la vida de la R. M. SOR MARÍA JOSEFA LINA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD; atento á que reconocida de nuestra órden, no contiene cosa contra la fé y buenas costumbres; con la precisa calidad y condición de que antes de darse al público, se coteje por el Sr. aprobante, y por el oficio se tome razon: así lo decretó y firmó el Sr. Juez, Provisor y Vicario general de este Arzobispado &c. M. Osores.

Mariano Salas Alvarez,
Notario oficial mayor.

PROLOGO

En todos los estados y condiciones renueva Dios, de tiempo en tiempo, ilustres ejemplos de virtudes, para que como otras tantas brillantes estrellas y luminosas antorchas, nos enseñen el camino seguro de la celestial pátria, haciéndonos ver, para que los evitemos, los funestos precipicios que se encuentran á cada paso, en el tenebroso destierro de este valle de infelicidades y miserias. Tal puntualmente fué la vida de la M. R. M. SOR MARÍA JOSEFA LINA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, que ahora se comunica al público para su edificación y enseñanza.

Desde sus tiernos años consagró á Dios todos sus afectos; sin que el bullicio del mundo y las comodidades y riquezas de su casa, pudiesen impedirla el santificarse con la práctica de las virtudes. La frecuencia de sacramentos, el retiro, la oración, la caridad, la modestia, fueron las preciosas joyas con que desde entónces procuró enriquecer y adornar su espíritu, apartándolo del afecto á los bienes caducos, á la vanidad y á la falsa gloria del mundo.

¡Qué bellos ejemplos para las doncellas nobles y ricas! Quéjanse estas perpetuamente de verse obligadas á vivir en medio del mundo; pero ¿en qué parte no se encuentra el mundo? solo en el cielo. Vivir en el mundo no es delito; pero sí lo es pertenecer al mundo, y ser partidario de él; porque el mundo y el cristianismo son dos enemigos irreconciliables. El mundo, propiamente hablando, es una sociedad de gentes, cuyas mácsimas,

cuyos sentimientos, cuya conducta son directamente opuestas á los sentimientos, á las macsimas y á la conducta de Jesucristo. El mundo, dice San Agustin, es la multitud de todos aquellos que siguen los movimientos y los deseos de la concupiscencia, sea de honras, ó de riquezas, ó de deleites. Esto es lo que se prohibe á todo cristiano: y así una doncella, (entiéndase lo mismo de cualesquiera otra persona), bien puede vivir en el mundo, si así lo pide su condición, estado ó circunstancias; pero á ejemplo de MARÍA JOSEFA, debe empeñarse en no pertenecer al mundo; esto es, no debe reinar en su corazón el amor de las riquezas, de las honras, de los deleites; sino el amor de Jesucristo y la esperanza de los bienes futuros, que son los verdaderos bienes; usando del mundo como si no usara, y considerando que en breve ha de pasar su figura. Este amor y esta esperanza le harán ver con desprecio las locuras y vanidades que el mundo estima, y viviendo en medio de él, sabrá huir las compañias de los prevaricadores, juntándose con los fieles hijos de Abraham, para amar al verdadero Dios, y adorarlo en su santo templo con las prácticas saludables de una arreglada y verdadera devoción.

Pero como á la verdad, es muy difícil que se conserve pura el alma en medio de la corrupción y del contagio de los malos ejemplos de aquí es que MARÍA JOSEFA, huyendo de estos, le volteó al mundo la espalda en lo más florido de su edad, sepultándose viva en la clausura de un monasterio fabricado á sus espensas, para atender al único importante negocio, que es el de la salvación. En este nuevo estado se perfeccionó de tal suerte en la práctica de las virtudes cristianas, que bien podemos proponerla á las religiosas, como un ejemplo sensible de aquella perfección á que deben aspirar siempre.

San Agustin dice á las vírgenes, que no les es permitido amar á Jesucristo con medida, puesto que su espíritu está libre de todo otro cuidado, y su corazón esento de la dura necesidad de amar otra cosa que á Dios. En efecto, todo debe ser digno de este ce-

lestial Esposo en una vírgen que se le ha consagrado, particularmente por la profesión solemne. Las que en otras son distracciones, son infidelidades en una religiosa, la cual debe tener su corazón limpio y vacio de todo afecto terreno, sin dividirlo jamás entre Dios y las criaturas. Su conversación debe ser celestial, olvidando para siempre las viandas groseras del Egipto, á quien volteó la espalda, y no acordándose ni suspirando sino por la tierra prometida, que es su verdadera pátria.

SOR MARÍA JOSEFA, ajustó su vida á estas y otras bellas mácsimas de perfección, consiguiendo avanzar tanto en pocos años, que cualesquiera de las que viven en monasterio puede proponersela por modelo de lo que debe ser una religiosa perfecta, que observa ecsactamente la *vida común* tan necesariamente unida con el espíritu de sus reglas, y tan recomendada por los santos y barones espirituales.

No pueden ser más sincéros y auténticos los documentos que han servido para escribir esta pequeña obra. Nada hay en ella dudoso ó incierto; porque todo se ha sacado de los apuntes que dejó escritos aquel *sacerdote fiel y segun el corazón de Dios* * el Padre *D. Luis Felipe Neri de Alfaro,* que dirigió á SOR MARÍA JOSEFA, por el espacio de veinte y seis años. Se tuvieron presentes los que hizo su segundo Director el Padre D. Juan Antonio Yañez, Presbítero de nuestro Oratorio, sugeto de acreditada madurez y consumada prudencia en la dirección de las almas, y los que por órden de la M. R. M. Vicaria-abadesa, escribieron varias religiosas que trataron con bastante familiaridad á su patrona y fundadora, observando menudamente sus acciones para conformar á ellas las de su vida.

En esta que ahora se publica, no se encontrarán *estasis, visiones, ni milagros.* De propósito se han omitido algunas cosas,

---

(*) Con este título se dió á luz en México el año pasado de 76, el elogio de las virtudes de este piadoso sacerdote.

que á la verdad tienen todo el carácter de estraordinarias; porque no se pretende ni el asombro, ni una admiración estéril é infructuosa, sino la edificación é imitación de sus virtudes, cuya práctica es el seguro medio de conseguir la salud eterna. Si no se ha de tener por virtuoso á quien no hace milagros, será preciso borrar del catálogo de los Santos al mayor de los nacidos, al Precursor de Jesucristo, al gran Bautista. Quiera el Señor bendecir este trabajo, haciéndolo útil al comun de los fieles, principalmente á las religiosas.

1.

EJEMPLAR DE RELIGIOSAS

VIDA

DE LA MUY REVERENDA MADRE

SOR MARIA JOSEFA LINA

DE LA

SANTISIMA TRINIDAD

FUNDADORA DEL CONVENTO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN EN LA CIUDAD DE SAN MIGUEL DE ALLENDE, OBISPADO DE MICHOACÁN.

CAPITULO I.

Patria, padres y nacimiento de María Josefa.

La villa de San Miguel el Grande, en el obispado de Michoacán, es una de las más populosas y celebradas de esta Septentrional América. Sus moradores felizmente inclinados á la piedad y devoción, y por otra parte aplicados á hacer florecer en ella el comercio y las manufacturas útiles, de que pende la felicidad pública, han conseguido por estos medios tan proporcionados, formar una villa donde reina la mejor armonia en las familias, y desterrar el ocio, peste de toda bien ordenada República. Pero lo que sin duda la hará mas célebre á la posteridad, es haber nacido en su suelo, el domingo 23 de septiembre de 1736 nuestra *María Josefa*. Fueron sus padres D. Manuel Tomás de la Canal

Bueno de Baeza, natural de la imperial córte mexicana, caballero del órden de Calatraba, y Doña Maria de Herbas y Flores, de la ciudad de Santa Fé, real de minas de Guanajuato, distinguidos ambos por la antigüa y bien comprobada nobleza de sus ilustres casas; pero aun mucho mas por su cristiana vida, por su piedad y tierna devoción á María Santísima de Loreto, la que procuraron inspirar á la numerosa sucesión con que los favoreció el cielo, de manera que puede con razón llamarse hereditaria en la familia de los *Canales*. Me es preciso dar aquí una ligera idea de la piedad de estos virtuosos consortes, antes que veamos el precioso don con que los enriqueció el Dador de todos los bienes, en la persona de una hija tan ejemplar, como lo fue la de quien vamos á escribir la vida.

El buen uso que hicieron de las abundantes riquezas que la liberal mano del Señor depositó en sus manos, hace ver con claridad, que ellos estaban altamente persuadidos á que las riquezas, estando destinadas por la divina Providencia para el sustento de los hombres, no se dan á algunos con profusión, sino para que lo distribuyan á los otros, á quienes falta. Dios quiere que en lugar de que los hombres las empleen en gastos de fausto y vanidad, en solicitar deleites, y por último en otras superfluidades, hagan obras de caridad, que les adquieran defensores en la otra vida; y para que así como él apaga el fuego, así las limosnas apaguen el del infierno que han encendido sus pecados. Quiere también que se destinen á la fábrica de los templos y á su adorno: porque si tenémos tanto cuidado en hermosear nuestras casas, ¿por qué se han de olvidar aquellas en que nos juntamos para adorar al verdadero Dios, y para hacer subir hasta su trono nuestras humildes súplicas?

En estos importantes objetos distribuyeron gran parte de su caudal los padres de *María Josefa*. Las limosnas eran crecidas, y con un corazon benéfico y magnánimo, no solo socorrían á los que solicitaban el sustento, sino que lo daban con abundancia

aun á aquellas pobres familias y doncellas, á quienes un natural rubor les impide muchas veces el procurarse el alivio; solicitando ellos con ansia tener noticia de las necesidades públicas y privadas, para que todas quedasen socorridas por medio de una generosa liberalidad. Emplearon mas de cien mil pesos en la fábrica y adorno de una hermosa capilla, ó, por mejor decir, de un suntuoso templo que consagraron á Dios en honor de María Santísima, bajo la advocación de Loreto. Su fábrica es de las mas ajustadas al arte que se pueden ver en nuestra América, y sus adornos esquisitos y costosos. Forma el cuerpo todo de la capilla, la Santa Casa Lauretana, con las mismas medidas de aquella venturosa de Nazareth, terminando en un espacioso *camarín*, adornado con cuatro altares del mas bello gusto. No es este lugar oportuno para delinear la magnificencia y la hermosura de esta Santa Casa, ni lo rico y precioso de las alhajas de oro y piedras preciosas con que está adornada la soberana Imágen de María Santísima de Loreto, que se venera en el nicho principal del altar mayor: lo cierto es que todos la admiran y celébran, faltándoles voces para espresar las altas ideas que conciben luego que entran por su principal puerta, que está á la frente de uno de los cruceros de nuestra iglesia del Oratorio. Esta dichosa Casa, es el asilo de todo el lugar en las calamidades públicas y privadas, habiendo esperimentado siempre la favorable acogida que hallan sus súplicas en la protección de la Soberana Reina; y será siempre un monumento público de la piedad de D. Manuel de la Canal, y de Doña María Herbas y Flores, cuya devoción no satisfecha con erogar los costos que hemos dicho, vinculó perpetuamente en el mayorazgo que fundaron el año de 1743, la cantidad de 360 pesos, para que se tributen á Dios y á la Santísima Imágen de Loreto los debidos cultos en su Santa Casa.

Ya se deja entender, por lo que llevamos dicho, cual seria la paz y tranquilidad con que vivian estos consortes, y el cuida-

do y esmero con que atenderian á una de las mas importantes obligaciones del matrimonio, cual es la cristiana educación y buena crianza de los tres hijos y cinco hijas que les concedió el cielo. Su principal cuidado era consagrar el fruto del matrimonio, aun antes que naciera, á María Santísima de Loreto, por un novenario de misas que se celebraban en la Santa Casa; y luego que salian á luz, se les consagraban de nuevo en una pequeña estatua de plata que hacian colgar de las paredes de dicho templo; poniéndolos así bajo la protección y amparo de la Reina del cielo, para que se reconocieran siempre por hijos, especialmente dedicados á su servicio y culto.

Con tan devotas preparaciones nació, pues, nuestra *María Josefa,* en el dia, mes y año, que al principio de este capítulo queda dicho, y el dia 30 del mismo mes de septiembre, fue solemnemente bautizada en la parroquial de esta villa por el Rmô. P. Fr. Pedro Navarrete, Comisario general de la religion Seráfica, siendo padrinos su abuelo materno D. Juan de Herbas, y su tia Doña Francisca de la Canal, Marquesa del Valle de la Colina. Quedó su alma por el santo bautismo purificada y libre del pecado con que nacémos todos, recibiendo un nuevo nacimiento espiritual por la gracia santificante que la unió, como miembro vivo, al cuerpo de la iglesia de Jesucristo, que es la cabeza,

CAPITULO II.

Puericia y adolescencia de María Josefa.

El estado de quien ha recibido el bautismo, no debe darse á conocer solamente por lo que es morir al mundo y á la concupiscencia, si no aun mucho mas por la nueva vida que debe emprender despues de bautizado. Si es necesario morir al mundo para vivir con esta nueva vida, es también preciso vivir con

esta vida para morir al mundo; porque el amor no se destierra sino por otro amor, y no hay otro que el amor de Dios, que pueda estinguir el amor del mundo. Esta nueva vida hace que no se pueda confundir un verdadero cristiano, con aquellos que viven todavia con la vida del hombre viejo.

No se confundió con ellos nuestra *María Josefa:* porque aunque los movimientos del espíritu de Dios no se encontraban en ella sin oposición y sin combate; pero continuamente se ocupaba en reprimir los malos deseos que nacian de su corrupción. No estaba esenta de las inclinaciones á los placeres; pero las reprimia por una mortificación continuada, que es el medio para impedir que reinen en nosotros. No estaba libre de los pensamientos de vanidad; pero los sofocaba, humillándose y no buscando su propia gloria. Su vida consistia en temer, desear, admirar, y amar. Temia ser separada de Jesucristo por la culpa. No deseaba sino los bienes que Jesucristo distribuiría á sus escogidos. No esperaba sino estos bienes; porque solo ellos son los que se nos han prometido. No admiraba sino á Jesucristo; porque solo en él se encuentra la verdadera grandeza; y, por último, solo á él amaba; porque sabia que era su soberano bien. En una palabra, las acciones de *María Josefa,* dependían de estos movimientos que la divina gracia inspiraba á su alma, aun desde sus tiernos años.

Cumplido el sesto de su edad, hizo su primera confesión con el ejemplarísimo padre D. Luis Felipe Neri de Alfaro, cuya sábia y prudente dirección logró hasta diez años despues de profesa. Este virtuoso sacerdote nos asegura en los apuntes que dejó escritos sobre la vida de nuestra *María Josefa.* „Que desde su tierna edad en cada una de las festividades principales de María Santísima renovaba las promesas que tenia hechas á Dios de pobreza, obediencia y castidad: que vivia en un aposento separado dentro de su misma casa, como una religiosa en su celda: que se ocupaba en los oficios de las criadas, para ejercitar

la humildad, ayudándolas en las cosas domésticas: que para besarlas los pies santamente ingeniosa, fingia que se le caía algo de las manos: que instada por sus padres para que tomara en la mesa algunas cosas delicadas y gustosas, se escusaba con agudeza, diciéndoles, que le relajaban el estómago: que no consintiéndole su prudente director ejercitar sobre su tiernecillo cuerpo las ásperas penitencias que pretendia, las conmutaba por órden del mismo en mortificación de sentidos y sujeción á las reglas que en este punto le tenia prescritas: que su presencia de Dios era continua: que habiéndola pretendido varios ministros de toga, y algunos Señores de título, á todos dió repulsa; porque no tenia otra ansia que desposarse con Jesucristo en la religión: que sus jaculatorias eran muy frecuentes: y, por último, que conservó la gracia del bautismo, sin mancharla con el feo y abominable borron del pecado." Privariamos ciertamente á las almas devotas de unas saludables prácticas para avanzarse en las virtudes, si no copiáramos fielmente la distribución que observó *María Josefa,* desde sus primeros años, conservada por la diligente pluma de su sábio director el padre Alfaro. Dice así.

„Distribuia el dia en tres partes. La mañana consagraba á „Dios Padre, ofreciéndole su entendimiento, haciendo actos de „fé y jaculatorias, invocándole con el dulce Nombre de *Padre.* „La tarde á Dios Hijo, ofreciéndole su memoria, repitiendo ac„tos de esperanza y jaculatorias sobre la pasión de su Salvador, „á quien invocaba con el nombre de *Hermano.* La noche á Dios „Espíritu Santo, entregándole su corazon y voluntad, saludán„dole en sus jaculatorias con el título de *Esposo:* oia misa todos „los dias: ofrecía á Dios todos los sacrificios que se celebraban „en el mundo; deseaba asistir á ello y adoraba á Jesucristo „Sacramentado en todos los sagrarios del universo: rezaba la „visita de altares, y otras siete al Santísimo Sacramento, en ho„nor de los siete derramamientos de su preciosa Sangre: media „hora de oración por la mañana sobre las postrimerias, y otra

„media á la noche de los misterios ocurrentes: todos los dias „el *Via-crucis:* en tres tiempos, mañana, tarde y noche, el rosa- „rio de quince misterios: comunión dos veces á la semana; la espi- „ritual en cada hora: dia de comunión media hora mas de ora- „cion antes, y media despues; prometia en acción de gracias „alguna especial mortificación de sus sentidos. Tenía tres ecsá- „menes de conciencia, por la mañana, al medio dia y á la no- „che: cada semana el ejercicio de muerte con la práctica de la „Venerable Madre María de Jesus de Agreda; y tomaba á su „cargo practicar alguna virtud, y refrenar alguna inclinación „ó apetito, y ecsaminar lo sucedido en la semana anterior: cada „mes un dia de retiro; y cada año ocho dias de ejercicios: los „viernes disciplina por espacio de dos estaciones, y no comía „dulce: el sábado daba limosna á una pobre, y otra espiritual á „las benditas Animas: se empleaba en el trabajo de manos, ha- „ciendo corporales y purificadores, que enviaba á las iglesias „de esta villa: en las pascuas del santísimo Nacimiento, y en los „dias de otros misterios, pedía á sus padres enaguas de bayeta, „mantas y rebozos para dar á las mugeres pobres: el dinero que „le daban le enviaba a la cárcel: fue recamarera de la Señora Lau- „retana, y visitaba todos los dias su Santa Casa. Todas estas obras „de virtud las acompañaba con estas consideraciones: *Dios me „mira, me puede coger la muerte en esta acción.* Todo lo hacia „para mayor honra y gloria de Dios, bien espiritual, corporal de „los prójimos, y descanso de las benditas Animas. Hasta aquí „el espiritualísimo Alfaro." Cada uno que lea este plan de vida tan arreglado en una niña rica de bienes de fortuna en su casa paterna, abundante de todas las comodidades y grandezas que aprecia el mundo, hará por sí mismo las reflecciones que corresponden; pues á mí se me presentan de tropel tantas y tan varias, que ni aun acierto á proponerlas; contentándome solamente con adorar y alabar la liberal mano del Omnipotente, que previno á *María Josefa,* en las bendiciones de su dulzura, para que lle-

gara en pocos años á aquel tan alto grado de perfección, que verémos despues cuando tratémos de sus virtudes.

CAPITULO III.

Funda María Josefa en su pátria convento de religiosas de la Purísima Concepción.

Así como es una cosa tan importante elegir un estado en que servir á Dios; así también no hay acción mas difícil que ésta en la vida cristiana. La razon es; porque los que hacen esta elección, son por lo comun gentes de poca edad, sin luz y sin esperiencia; tienen poco amor al verdadero bien; y no han mortificado bastantemente sus apetitos. No advierten por lo regular las tentaciones, las penas y peligros que son inseparables de cada estado; ni las obligaciones esenciales de la vida cristiana y de cada profesión; y por tanto, son incapaces de preveer las dificultades que en cada estado se encuentran para practicar esas mismas obligaciones. Conocen muy poco sus propias fuerzas, y no son capaces de juzgar, ni lo que se proporciona con ellas, ni lo que las escede.

En ninguna de estas razones, tenia que detenerse el escelente maestro del espíritu de *María Josefa,* para no aprobar su vocación de religiosa, que habia ya ecsaminado con tantas y tan repetidas esperiencias y tentativas. Consideraba muy bien que si en medio de las opulencias y comodidades de su casa vivia como una ejemplar novicia; trasladada á una sagrada comunidad de vírgenes, viviria una vida celestial, uniéndose mas estrechamente á su casto y divino Esposo. Pero, sin embargo de todo esto, determinó el prudente Alfaro, conducirla á la soledad, para que allí la hablase Dios al corazon, la mostrase sus caminos, y la enseñase sus huellas.

Ya, antes de esto, la habia propuesto el que fundase en su patria un convento de religiosas; pero la modesta doncella, sin resistir á la resolución, daba muestras de mortificada y encogida, juzgándose indigna de tan alta y reelevante empresa. Propúsola también diferentes constituciones de varios monasterios de México, para ver á cual se inclinaba; pero como *María Josefa* no tenia otra voluntad que la de su director, jamás pudo este conseguir otra respuesta que la de resignarse enteramente con lo que fuera de su agrado; persuadida que entónces lo seria del de Dios. Llevóla, pues, el virtuoso Alfaro al santuario de Jesus Nazareno de Atotonilco, dos leguas y media distante de la villa de San Miguel, acompañada de una Señora virtuosa y recogida, á cuyo cuidado estaba encargada, ambas tuvieron allí ocho días de ejercicios, con el fin de conocer la voluntad de Dios sobre esta vocación tan importante; procurando el ejemplarísimo director, hacer oración fervorosa para pedir el acierto en un asunto de tanta gravedad. El dia último de los ejercicios, se resolvió en el camarín de Jesus Nazareno, que *María Josefa* fuese fundadora en su pátria de un convento de religiosas de la Concepción, siguiendo el estilo y método del de la villa de Agreda: que habia de ser su Abadesa la Maestra de la religion María Santísima Nuestra Señora: con otras circunstancias que despues se plantearon. Cuando no hubiera hecho otra cosa á favor de la villa de San Miguel, el celo infatigable del Padre D. Luis, deberian todos sus moradores no olvidar jamás la memoria de este beneficio, y atender con particular cuidado aquel célebre santuario de Atotonilco, de quien fué patron y fundador; donde tantas almas recibieron el consuelo espiritual, y el del cuerpo; donde floreció este baron incomparable, edificando á todos con sus ejemplos y virtudes; y donde, por último, formó *María Josefa* una resolución tan heroica y tan útil á su pátria. Permítase esta corta digresión á mi constante gratitud, y sigamos la história.

Habian ya por este tiempo pasado á mejor vida (como es-

perámos por la misericordia del Señor) los piadosos padres de *María Josefa;* pues ambos murieron el año de 1749: el dia 11 de abril Doña María, y el 15 del mismo D. Manuel Tomás de la Canal, dejando á María Santísima de Loreto, en la cláusula sesta de su testamento, por tutora de sus hijos, que quedaron todos en la menor edad; y por curador *ad bona,* á D. Francisco José de Landeta, Conde Casa de Loja, caballero, que á la mas distinguida nobleza, supo unir una virtud sólida, que se manifestaba en una conciencia limpia y ajustada á las mácsimas del Evangelio; en una caridad ardiente con que socorria á todos los menesterosos; y, por último, en una vida edificativa, ejemplar é irreprensible, con que supo desempeñar los oficios mas honrosos de la república, el gobierno y cuidado de la numerosa succesion con que lo favoreció el cielo, y la confianza que de él hizo D. Manuel Tomás de la Canal. Los hijos de este, que como dijimos, quedaron todos en la menor edad, no tuvieron que estrañar el cariño y amor de padre, la educación cristiana y virtuosa, ni algunas de las otras ventajas y comodidades temporales que disfrutaban antes. Tanta era la solicitud y el cuidadoso empeño del Conde para estos pupilos, á quienes llamó siempre con el dulce nombre de *hijos;* correspondiéndole ellos por su parte, con el amoroso y tierno de *padre.*

Ocurrió, pues, al Conde el Padre Alfaro, dándole noticia de la vocación de su hija, y suplicándole al mismo tiempo, la hiciese ecsaminar por otras personas sábias é ilustradas en los caminos de Dios; humildad propia de este esperto director, y efecto de aquella prudencia con que se gobernaba en los asuntos de tanta gravedad como el de que se trataba. El virtuoso Conde que conocía muy bien la solidéz, circunspección y acierto con que se manejaba siempre el Padre D. Luis, determinó que ambos escribiesen al Illmo. Sr. Dr. D. Martin Elisacochea, dignisimo Obispo de Michoacan, dándole parte del negocio, para que con su acostumbrada maduréz determinase en todo lo mejor.

El prudente prelado ordenó se le llevase á Valladolid á *María Josefa,* para ecsaminarla y probar su vocación; y el Padre Alfaro fué su conductor en este viaje, que se dispuso sin demora.

Llegados á la ciudad de Valladolid, capital del obispado de Michoacan, conoció el Padre D. Luis, que era necesario mandarle por obediencia á *María Josefa,* se adornase con algunas joyas las mas precisas para la decencia de su persona, y para presentarse á visitar á un prelado tan respetable, y á los demás personages, con quienes era necesaria la concurrencia. La obediente súbdita, apenas oida la voz del superior, dejando aquella repugnancia que sentia siempre para vestirse los trages ricos, que tanto estiman las hijas de Samaria, rindió su espíritu á la obediencia, y adornada mas de su virginal modestia que de las preciosas alhajas que ella tanto menospreciaba, hizo su primera visita al Illmo. prelado, el dia 3 de marzo de 1752. Quedó este trasportado de un santo júbilo, dando gracias al Padre de las Luces, de quien se derivan á las criaturas todos los bienes, contemplando en tan pocos años la libertad de espíritu, resolución, modestia y demás raras prendas y circunstancias, con que el liberal Dios habia enriquecido á aquella niña; y despues de varias conferencias que tuvo con ella y con su director, quedó resuelta la fundación en los mismos términos, y segun el plan que habia formado el Padre D. Luis; aprobando el sábio Illmo. Obispo la vocación de *María Josefa,* y reconociendo que andaba en este negocio el dedo de Dios, de que hizo un muy circunstanciado informe á la real Audiencia de México, con fecha 4 de marzo del mismo año.

Practicadas todas las prévias y precisas diligencias, y precediendo las informaciones del muy ilustre Ayuntamiento de la villa de San Miguel; de todos los prelados eclesiásticos que en ella residen; de la real Audiencia de México, y el Escmo. Sr. Virrey de esta Nueva España; en las cuales todas contestan, que redundará la deseada fundación en mayor gloria de Dios,

utilidad pública y servicio del Rey; ocurrió nuestra fundadora á nuestro Católico Monarca el Señor D. Fernando VI. (que esté en gloria) suplicándole se dignase conceder su real licencia para la nominada fundación del convento de religiosas, bajo la advocación de la Purísima Concepción de Nuestra Señora, y de la real protección, amparo y patronato; añadiendo, que para su mayor decoro, lustre y respeto, fuese servido asimismo, de concederle el título de *Convento Real,* con los fueros, privilegios y prerogativas, que como á tal pudiesen corresponderle. Su Magestad, por su real cédula, fecha en Buen Retiro, á 21 de septiembre de 1754, aprobando primeramente la donacion de 500 pesos, que por instrumento público habia cedido de sus legítimas nuestra María Josefa, á beneficio de la fundación: se dignó conceder su licencia para que se fundase el convento, bajo su real protección, amparo y patronato, con el título de *Real;* todo segun lo habia pedido su fundadora.

Obtenidos los correspondientes pases de su alteza la real Audiencia de México, y del Illmo, Sr. diocesano Dr. D. Martin Elisacochea, mandó éste por su decreto de 28 de abril de 1755, se observase puntualmente en la fundación la espresa voluntad de la fundadora, que era, se guardaran las reglas en todo su vigor y fuerza, reduciéndose las religiosas á *vida comun,* comiendo todas juntas en refectorio unos mismos manjares de comunidad, y que no se permitiesen criadas ni mozas de servicio, con otros saludables reglamentos que hasta el dia se han observado con la más escrupulosa esactitud; quedando todos edificados de los raros ejemplos de virtudes, que así en esto, como en todo lo demás, han dado siempre las observantísimas religiosas de este real convento.

Como su fábrica habia de tocar la raya de la magnificencia, lo que demandaba la espera de algunos años, y como la gracia del Espíritu Santo no sufria tardas dilaciones en el ánimo de la fundadora, determinó el Illmo. prelado, que dándose principio

sin pérdida de tiempo á la fábrica del real monasterio, se preparese una casa cómoda, con todas las correspondientes precauciones para la clausura y demás cosas necesarias, para que viniesen á ella las fundadoras, y lograse *María Josefa,* ver cumplido el término de sus deseos. Dispuesto así todo, vinieren cuatro religiosas del convento de *Regina Cœli,* de la ciudad de México, cuyos nombres debémos registrar en estas *memorias* para perpetuo recuerdo. Con el cargo de Vicaria-abedesa (por serlo siempre en propiedad María Santísima Nuestra Señora), vino la M. R. M. Sor María Antonia del Santísimo Sacramento, religiosa de vida ejemplar, y en su compañía las RR. MM. Mariana del Santísimo Sacramento, Gertrudis de San Rafael, y Felipa de San Antonio.

Permanecieron en dicha casa ú, hospicio, hasta el dia 28 de diciembre de 1765, en que en devota y solemne proseción se trasladaron al nuevo real convento, cuya primorosa arquitectura, estensión y magnificencia, pedia un dilatado discurso, que no es propio de este lugar.

CAPITULO IV.

Toma María Josefa el hábito religioso, y fervores de su noviciado.

EL estado religioso es ciertamente muy agradable á Dios, porque contiene un perfecto sacrificio, y un total holocausto que la criatura hace de sí misma, de su voluntad y de todas sus cosas á su Criador. Pero sin embargo de estas escelencias, deben preceder á su eleccion sérias y maduras reflecciones; súplicas fervorosas á Dios; consejos de personas iluminadas, para no esponer á mayor peligro la salud eterna, cargando un peso y contrayendo una obligacion, que tal vez no está uno dispuesto

á satisfacer como se debe. Es tambien preciso ecsaminar, si en aquel instituto que se elige, reina comunmente el espíritu religioso y la observancia de votos y de sus reglas; porque cuando así no fuese, sería mejor consejo imitar el ejemplo de varias santas vírgenes, que no tuvieron dificultad de salirse por tan justos motivos de los monasterios en que habian entrado: y con razon porque es cosa, á la verdad, muy dificil y que pide estraordinarios esfuerzos, el resistir á la turba de los inobservantes, y no dejarse arrastrar del torrente de los malos ejemplos. El estado religioso, decia un hombre docto y piadoso, es como un coche de cuatro ruedas, que hace mas fácil el camino á la pátria celestial á que debémos dirigirnos; pero si el coche está quebrado, y las ruedas mal avenidas, rotas y desiguales, en vez de facilitar el viage, lo hace mucho mas dificil.

No tuvo que tropezar en ninguna de estas dificultades, la vocacion de nuestra *María Josefa,* y así llena de un santo júbilo y regocijo, al ver llegado el dichoso dia por que tanto habia suspirado, tomó el hábito de bendicion en la Santa Casa Lauretana, por mano del Illmo. Sr. Dr. D. Martin de Elisacochea, á 1o. de febrero de 1756, en que llegaron á esta villa las religiosas de México, y desde allí en devota procesion se encaminó al hospicio, que como dijimos estaba dispuesto.

Entrando á este asilo seguro de la inocencia, no es fácil esplicar el fervor con que emprendió todas las fatigas y distribuciones del noviciado. Sabia muy bien que este año de probacion, estaba instituido no solamente para despojarse del hombre viejo, y sanar de las enfermedades contraidas en Adán por el pecado de nuestro orígen, sino tambien para comenzar á subir sobre el Tabor, y levantarse sobre todas las criaturas con una profundísima humildad, y con una generosa y perfecta separación de todas las cosas del mundo; vaciando el corazon de todo aquello, que sin poder contentarlo, lo embaraza; como que nunca lo puede llenar, sino solo el que lo hizo. La prontitud, la alegria y la cons-

tancia con que *Sor María Josefa Lina de la Santísima Trinidad,* ejecutaba aun las mas menudas distribuciones del noviciado, nos dan bastantemente á conocer, que habia roto todas las cadenas de la naturaleza y de la sangre, y que iba subiendo á grandes pasos sobre el monte del Señor, avanzando de virtud en virtud, y levantándose no solamente sobre todas las cosas, sino aun sobre sí misma.

Su prudente maestra, que lo fue la M. R. M. Sor Gertrudis de San Rafael, viendo que la puntual y escrupulosa observancia de su novicia era tanta, que no hallaba, ni aun buscándola, ocasion alguna de reprenderla para probar su espíritu, pensó herirla en la parte mas sensible, que es la del amor propio, para reconocer con esta prueba, si estaba bien solidada en la humildad y en el propio conocimiento y desprecio de sí misma: con este fin la dijo un dia con aspereza y despego: *No pienses que porque eres rica y fundadora del convento, te hemos de menester para algo; si quieres irte á tu casa, que sea breve; la fundacion ya está hecha, y no se dejará porque te vayas; y así no creas que eres aquí necesaria para nada.* La humilde novicia sonrojada por haberse oido llamar *rica y fundadora,* con los ojos en el suelo sin mostrar el menor sentimiento, respondió estas palabras: *Bien veo que yo no sirvo de nada; ni para qué me quieren á mí; pero suplico por amor de Dios, á todas las Reverendas Madres, me admitan en su compañía.* Respuesta digna de quien habia elegido vivir antes despreciada y abatida en la casa de Dios, que no habitar llena de aplausos y de fausto en los palacios de los hijos del siglo.

En todo el tiempo de su noviciado fue un ejemplar sensible de humildad, obediencia, fervor, puntualidad en la observancia de su instituto, y, en una palabra, de todas aquellas virtudes que á una religiosa ya provecta podian acreditar de modelo de cristiana perfeccion; después de haber trabajado muchos años en domar sus apetitos, y enriquecer su alma con los hábitos vir-

tuosos, adquiridos con repetir frecuentemente los actos de las mas heroicas virtudes.

CAPITULO V.

Hace su profesion solemne, y la eligen vicaria de coro, sacristana mayor y difinidora.

Los hereges intimando una sangrienta guerra á la profesion religiosa, se han esforzado á desterrarla enteramente del mundo, haciéndola pasar por un estado de servidumbre y de esclavitud, de sacrificio y de muerte, de combate y de tentaciones: pero bien lejos que esto la haga odiosa y despreciable, la hace mas digna de veneración y de gloria; pues aunque es innegable que ella es una larga servidumbre; pero es una servidumbre acompañada del amor y de la libertad. Nadie duda que es una muerte anticipada; pero es una muerte llena de vida y de inmortalidad. Es cierto por último, que ella es un combate continuo contra todos los enemigos de la gracia y de la salvacion; pero es un combate á quien sigue siempre la victoria y el triunfo; representándose en ella perfectamente, la santidad del cristianismo en su pureza y en su orígen, que siempre ha sido acompañado de gloriosos combates y continuas guerras; como facilmente conocerá cualquiera que haga refleccion á lo que pasó en los primeros siglos de la Iglesia. En ellos verémos mugeres generosas y doncellas incomparables, seguir el ejemplo y aun disputar en valor con los mas grandes hombres; y con una fuerza superior á la edad y á la naturaleza, triunfar de la debilidad de su secso y de todas las potestades del mundo y del infierno.

El mismo espectáculo renovó *Sor María Josefa,* de una manera menos cruel y sangrienta; pero no menos digna de la admiración de los ángeles, y de la complacencia del mismo Dios,

cuando, el dia 2 de febrero de 1757, hizo su profesion religiosa. Porque á la verdad, ¿quién no admirará la fuerza de la gracia de Jesucristo en esta doncella, que en una edad tan tierna entró á un monasterio con tanto júbilo y firmeza, como entraban otras veces los mártires en las cárceles y en los anfiteatros, para insultar la crueldad de los tiranos, y provocar la fiereza de los leones? ¿Quién no se maravillará, al ver que en una compleccion tan delicada pasase el año de su noviciado en la mas ecsacta observancia de todo aquello que la regla tiene de mas riguroso y de mas austéro? ¿Quién no ha de quedar sorprendido viéndola contenta, alegre, tranquila, con un gozo que no se turba, con una firmeza que nada la conmueve en el momento de hacer una accion tan importante de que dependia su eterna suerte? ¿Quién, por último, no confesará que Dios renovó en ella la maravilla que hizo otras veces en la madre de los Macabeos, cuando infundió, como dice la Escritura, un ánimo varonil en el cuerpo de un mujer? Se necesita sin duda de un varonil esfuerzo y una virtud heroica, para hacer un general diborcio de todo aquello que puede lisonjear la naturaleza, para renunciar generosamente todas las honras del mundo por la humildad; todos los deleites de la carne, por la castidad; todos los bienes de fortuna, por la pobreza; todas las inclinaciones de su propia voluntad, por la obediencia; las dulzuras de la libertad, por el claustro; las delicias de la conversación, por el silencio; y todas las comodidades de la vida, por la mortificación del cuerpo y de los sentidos.

Esto que practican todas las que profesan en algun monasterio, lo practicó tambien nuestra novicia; pero con tal espíritu, con tal fervor, que solo aquel Esposo á quien ella eligió por su mejor parte, y á quien solo es dado sondear los mas ocultos y profundos senos del corazon humano, podrá plenamente conocer cuales fueron los generosos sentimientos de *Sor María Josefa*, en aquella solemne y general renuncia que hizo en su profesion,

del mundo y de todas sus pompas y vanidades; de la carne, para crucificarla con sus vicios y concupiscencia; de su libertad, sujetándola al suave yugo de la obediencia; y de todas las dulzuras de la vida, abrazando la cruz de la mortificación y penitencia, para conformarse con el modelo de los predestinados Cristo Jesus. Bastará decir, que desde el dia de su solemne profesion murió al mundo, y á sí misma, sepultándose con su divino Esposo para no vivir otra vida, que la de los que resucitados con Cristo, no buscan sino las cosas celestiales, no gustan sino de los bienes eternos, olvidados enteramente de los caducos y deleitables de este mundo loco y engañoso.

Como todas estas santas disposiciones se dejaron ver desde luego en la conducta de nuestra religiosa, la juzgaron á propósito para elegirla por sacristana mayor, difinidora y vicaria de coro; y el puntual desempeño de todas estas obligaciones, hizo ver á su religiosísima comunidad, que habia sido la eleccion muy acertada; maravillándose todas de la ecsacta observancia de *Sor María Josefa,* aun en las mas pequeñas y menudas distribuciones de estos diferentes empleos; sin dispensarse por ellos de seguir puntualmente á la comunidad, como si este solo fuera su oficio; haciéndose toda para todas. Se dejaba ver en el coro, disponiendo las cosas necesarias para el rezo del Oficio Divino; sin que tuviesen jamás que reclamarla el menor descuido: en la sacristia aprontando los paramentos sagrados para la celebracion de nuestros santos misterios; sin que tuviese que echar algo menos la observacion mas escrupulosa: en las distribuciones de la comunidad, siendo la primera con su ejemplo, alegria y modestia de que estaba siempre acompañada; y, por último, en todos los ministerios de difinidora á que se le veia asistir siempre con tanto desembarazo, como si no hubiese tenido que ocuparse en otra cosa. Se necesitaba sin duda de un esfuerzo nada vulgar, y de un espíritu superior, como el que lograba nuestra religiosa, para desempeñar, como lo hizo, tan dife-

rentes ejercicios de la vida activa; sin que su corazon se disipase en las cosas de afuera. Persuadida de esta verdad oraba continuamente á Dios, para que los oficios de Marta no le embarazacen los de María.

CAPITULO VI.

Eligenla maestra de novicias, vicaria de casa y portera mayor.

Como de la buena ó mala vida depende ordinariamente la eterna felicidad ó miseria, así podemos decir con proporcion, que la buena mala vida de una religiosa, depende regularmente del buen ó mal uso de aquel corto espacio de tiempo en que se prepara para abrazar la vida religiosa; porque todas las acciones de esta vida, corresponden por lo ordinario á aquel tiempo de preparacion; siendo cosa rara, á la verdad, que quien ha pasado como debe el año de su noviciado, desmienta despues sus primeros pasos.

Nada hay por tanto mas considerable en un monasterio, como el empleo de gobernar y dirigir á las novicias; porque nada hay de que dependa tanto su salud eterna, como de su buena direccion, encomendada al caritativo cuidado de la que han elegido por maestra. Como ella puede sostenerlas por sus ejemplos y por su caridad, y puede tambien despeñarlas por su imprudencia: podemos considerar á las novicias, como unas jóvenes que andan por un camino estrecho, resbaladizo y rodeado todo de precipicios: si se les empuja imprudentemente, caerán por lo comun en los despeñaderos de que están rodeadas; y si por el contrario se las sostiene en los pasos, se preservarán de caer. De aquí es que, una caritativa maestra de novicias, debe llevar unas por la mano, y levantar prontamente á otras; sin que en

ella se advierta cosa alguna que pueda servirlas de ocasion de caida; esto es, que todo lo que haya en ella, debe ser edificante y capaz de establecer á las almas en el camino de su vocacion.

Estas y otras muchas razones hacian temblar á *Sor María Josefa,* cuando la obediencia la destinó para maestra de novicias, por octubre del año de 1757, ocho meses despues de haber profesado. Bien la hacia conocer su humildad, que ella no era á propósito para ningun empleo, y mucho menos para el que requiere tanto fondo de virtud, como era el que se le habia encomendado: pero tampoco ignoraba, que era abusar de estos principios de humildad cristiana, el deducir de ellos, que siendo incapaces por nosotros mismos para todo empleo y ministerio, no sabrá Dios hacernos capaces aplicándonos á ellos por su eleccion y vocacion; porque, de que nosotros, seamos ineptos para todo, no se puede jamás inferir que Dios lo sea tambien; y si por nosotros nada podemos, Dios lo puede todo por medio de cualquiera instrumento que le agrade emplear en las obras de su servicio. Y, á la verdad, nada hay tan poderoso para nuestra salud eterna, como la proteccion y el socorro de Dios; estándo mas seguros en medio de los mayores peligros cuando Dios nos protege en ellos, que en los empleos menos arriesgados y mas tranquilos, cuando nos falta la proteccion del Altísimo. Nosotros tenémos, no hay duda, un gran fondo de corrupcion y miseria para perdernos en cualquiera estado; pero Dios tiene una inmensa fuerza y un infinito poder para sostenernos contra toda suerte de enemigos, y en todos los riesgos y tentaciones. Este sentimiento de fe y de verdad, hacia decir á *Sor María Josefa* con David: *El Señor es mi luz y mi salud, ¿á quién, pues, tengo yo que temer? El Señor protege mi vida, ¿pues qué cosa podrá espantarme?*

Con esta santa confianza en los eficaces ausilios de su divino Esposo, tomó sobre sí la pesada carga del nuevo empleo á que la destinaba la obediencia; y no queriendo dar oido á otras vo-

ces que á las de esta santa virtud, se rindió á ella enteramente su humildad; no acobardándola sus cortos años, que eran solo veinte y uno; pareciéndola oir aquellas palabras con que reprendió Dios á Jeremias, cuando no queria aceptar el ministerio de profeta á que lo llamaba, escusándose con su corta edad y con que no sabia hablar: *No alegues,* le dijo Dios, *que eres jóven; porque es necesario que vayas á todas partes adonde me agradare enviarte.* Bien presto se reconoció que no se habia ella metido en un ministerio tan árduo; sino que Dios era quien la habia llamado para que se santificase cada dia mas, santificando á sus novicias. Habiéndola honrado Dios con asociarla al cuidado de sus hijas, se privaba con nuevo empeño por el bien de estas, de todas las vanas satisfacciones de los sentidos y del espíritu, contemplándolas como muy agenas de su nuevo empleo, y procurando solamente con una santa ánsia todo aquello que pudiera servir á sus novicias, para encaminarse con menos trabajo por las sendas de la perfeccion, atesorando por su parte muchas buenas obras que sirvieran á las que estaban encomendadas á su maternal cuidado.

Las faltas y defectos de estas, la hacian entrar en un espíritu de penitencia, prorumpiendo en santos gemidos; porque se creia obligada á satisfacer á Dios por ellas. Sus necesidades la inspiraban un espíritu de oracion para pedir á Dios el remedio; supliendo con el fervor de sus súplicas, la tibieza é imperfeccion de las de sus hijas. Ejercitaba la caridad y la compasion en sus males espírituales y corporales; y persuadida á que estaba obligada á tener todas las virtudes que deseaba en ellas; el fin de darlas ejemplo, le servia de un continuo estímulo para su práctica. En una palabra, en el dilatado espacio de nueve años y seis meses que obtuvo este importantísimo empleo de maestra de novicias, fue una regla viva, edificando á toda la comunidad con los actos y ejercicios de las virtudes cristianas, y, principalmente, á aquellas nuevas plantas que cultivó con tantas lágrimas y fati-

gas, para que fructificasen despues á esmero de su cuidado, produciendo sazonados frutos de santas obras, como se ha visto con general edificacion de todo el monasterio, y de toda la villa de San Miguel.

Con no menor solicitud ejercitó el empleo de vicaria de casa, á que la destinó la obediencia del dia 19 de abril de 1766, y en que permaneció hasta su muerte; como tambien el de portera mayor que sirvió por tres años. No habia empleo, no habia ejercicio en que no viniera como nacida para él nuestra *María Josefa.* Miraba en todos la gloria de Dios, la santificación propia y de sus hermanas, poniendo su principal cuidado en adelantar cada dia mas en la ciencia de los santos con la práctica de las virtudes. Pero habiendo resplandecido tanto en el ejercicio de estas, razón será que tratémos de algunas en particular en los capítulos siguientes.

CAPITULO VII.

De la admirable fe de Sor María Josefa.

LA fe, aquella virtud divina, aquel don precioso, sin el cual es imposible agradar á Dios, no se nos ha concedido para que creamos solamente la verdad de los misterios de nuestra santa religion, sino para que nos gobernémos segun esta verdad. Se nos ha dado para descubrirnos los objetos que debémos amar, y para que efectivamente los amémos; los que debémos aborrecer, para que en efecto los aborrezcámos.

Como la fe solo mira los bienes invisibles, la victoria de la fe consiste en la preferencia de estos verdaderos bienes, á los falsos, groseros y sensibles, objetos de nuestros sentidos; y en esta preferencia ha establecido Dios nuestra salud eterna. Es cierto que entre unos y otros bienes no hay proporcion al-

guna; porque no puede haberla entre lo falso y lo verdadero, entre los bienes eternos y los caducos, entre los inmensos é infinitos, y los que son frívolos, que vale mas pasarse sin ellos que el gozarlos; pero el ser los unos presentes, visibles y los otros invisibles y ausentes, hace tal impresion sobre el alma, que sin una fuerza sobre natural que dá la fe, y que no se consigue sin ella, no se prefiere jamás lo que es invisible á lo visible lo ausente á lo presente, lo verdadero á lo falso. Esta fuerza de la fe obligó á *Sor María Josefa,* á dar de mano con un generoso desprecio á todas las riquezas y comodidades con que la lisongeaba el siglo; á renunciar los gustos y placeres con que la brindaba la concupiscencia; abandonando todo lo que el mundo estima; y posponiendo todos sus favores y bienes á los invisibles preparados por Dios para los que le siguieren por el camino estrecho que conduce á la vida eterna. La fe la hizo mirar los vestidos mas ricos y las joyas mas preciosas como basura, por tal de lograr á Cristo. No se adornaba de ellas sino por obediencia; y el dia en que recibió el sagrado hábito en la Santa Casa Lauretana, dió bien á conocer, que mas la servían de peso y de estorbo, que no de gusto y de placer; pues como si fueran cadenas que hasta entónces habian aprisionado su espíritu, y atormentado su cuerpo, las arrojó de sí como cosa vilísima, como tierra y basura; quedándo todos edificados de aquel generoso desprecio, de quien solo suspiraba por los verdaderos bienes, que son los celestiales y eternos.

La fe hacia que prorumpiese con mucha frecuencia en los actos mas sublimes de esta divina virtud, creyendo firmemente todo aquello que Dios nos ha querido revelar, y cuanto nos propone nuestra Santa Madre Iglesia: y como era una fe viva, se daba á conocer en todas sus operaciones; presentándose en el santo templo penetrada de los sentimientos de una fe respetuosa con que adoraba á Jesucristo nuestro Señor Sacramentado, visitándole por lo menos siete veces cada dia, con particularísima ternura y

afecto; sin que ninguna otra ocupación pudiese ser bastante á hacerla falta á estas visitas de amor y de consuelo. Jamás habló en el coro, sino es que fuese alguna cosa muy precisa: estaba recogida, toda en su interior, considerando la suprema Magestad y grandeza de su Esposo Sacramentado, representándole su fe á las Potestades, temblando delante del Sagrario: solia permanecer casi inmoble arrodillada por muchas horas, contemplando este inefable misterio en que derramó Dios las riquezas de su amor, á beneficio de los hombres.

El justo vive de la fe; y por eso nuestra religiosa vivia con esta vida del cielo. Así como la vida del alma consiste en sus acciones, conociendo por el entendimiento, amando por la voluntad, y acordándose por la memoria; así el vivir de la fe, no es otra cosa que juzgar segun la fe, amar y desear, temer y aborrecer segun la fe, y ocupar la memoria de las cosas de la fe. Dios no nos ha dado esta virtud como un conocimiento estéril; sino como una luz que debe dirigir nuestro entendimiento, arreglar nuestra voluntad y nuestra memoria en todas las acciones de la vida. Para vivir, pues, de la fe, no debe haber operacion del entendimiento, de la memoria ó de la voluntad, que no sea arreglada y dirigida por la fe.

Por esto *Sor María Josefa,* se gobernaba en todas sus acciones por esta luz divina. Aun en aquellas mas menudas, se dirigia por esta regla. Si se levantaba de la cama, era por obedecer á Dios, que no concede el sueño, sino por la necesidad del cuerpo; y nos manda que despues de haber satisfecho esta necesidad, nos ocupémos en los ejercicios propios de nuestro estado. Si comia era por obedecer á Dios, que quiere démos al cuerpo su sustento. Si alguna vez solia divertirse inocentemente en compañia de otras religiosas, era, ó por practicar consigo la virtud de la justicia, no agravando demasiado su espíritu; ó por ejercitar con las otras la caridad. De este modo se gobernaba en todas las demás acciones de su vida: no ya porque en todas hiciese

espresamente estas o semejantes reflecciones, que sin duda las haria muchas veces; sino porque habitualmente estaba su corazon dispuesto á hacerlas siempre, y porque efectivamente procedian a este principio. Como vivia con esta vida de la fe, se levantaba su espíritu sobre todas las cosas sensibles, y sin detenerse en lo transitorio, anhelaba solamente por lo eterno. Los movimientos de su corazon no miraban ya sino al cielo, y nada á la tierra; no teniendo por objeto sino las cosas invisibles que esperámos; mostrando una especie de insensibilidad aun en los mayores contratiempos y adversidades.

Bien se conoció esto en la muerte del Conde de Casa de Loja, á quien amó siempre con tanta ternura como si hubiera sido su verdadero padre. Estaba en el coro rezando maitines, cuando oyó el sonido de las campanas, que avisaban para que los fieles lo encomendasen á Dios en sus postreras agonías; pero insensible á tan funesta noticia, siguió rezando en el mismo tono y compostura que antes; sin que el cuerpo manifestáse la mas mínima mutacion en su espíritu. Murió en el mismo dia, y por la noche pasaron el cadáver á la iglesia de las religiosas, para que allí estuviese depositado hasta que se hiciesen sus funerales. Fué al coro á las nueve de la noche *Sor María Josefa,* á velar el cadáver, y permaneció de rodillas en la misma postura hasta las cinco de la mañana, en que fué á rezar prima con la comunidad; sin que se le advirtiese la menor mutacion, ni en el semblante, ni en la conversacion, ni en los demás ministerios de su cargo. La misma serenidad observó en la muerte de su hermana Doña Joaquina, esposa de D. Diego de la Madrid, Oidor que es hoy de la real Audiencia de México.

Como no vivia sino de la fe, y esta la enseñaba á venerar en todos los acontecimientos, prósperos ó adversos, la mano poderosa del Señor, reprimiendo los sentimientos todos de la naturaleza, estuvo velando el cadáver de esta hermana, que siempre estimó mucho por las raras prendas y circunstancias con que la

dotó el cielo, hasta que la obediencia la mandó retirar. Sabia muy bien que si en todos tiempos debémos vivir de la fe, mucho mas en el de las adversidades y tribulaciones, que es cuando con mayor eficacia hemos de procurar el socorro de esta virtud, que es el del mismo Dios. No aspiraba á las esterioridades, porque su vida era la de la fe; y así hablando una vez á sus novicias sobre revelaciones, visiones y raptos, las dijo estas palabras: *Le pido á Dios no me deje yo llevar por esterioridades, sino que obre solamente por la fe, que así se camina con seguridad.*

CAPITULO VIII.

De su firme esperanza.

La esperanza cristiana es un deseo de los bienes eternos, con la confianza de obtenerlos por la gracia de Dios y los merecimientos de Jesucristo. Debémos esperar en Dios, porque él es nuestro bien, nuestro fin, nuestra bienaventuranza y felicidad eterna. Está lleno de misericordia y de bondad; ha prometido su socorro y ausilio á los que en él confian; y es fiel en sus promesas; fundamento en que estriba nuestra esperanza. Esperar, pues, en Dios, y desear poseer el bien soberano, es desear la perfecta justicia, la perfecta caridad, la perfecta sumisión á las órdenes de Dios, el perfecto olvido y abatimiento de sí mismo, y que venga á nosotros su santo reino; lo que conseguiremos viéndolo y amándolo perfectamente en la gloria. Por estos deseos somos ciudadanos de la celestial Jerusalén, nos encaminamos á otra pátria muy distinta de la del mundo, el cual es solo un destierro y valle de lágrimas, y colocámos nuestro fin, no en las cosas terrenas y transitorias, sino en las celestiales y permanentes. De aquí es, que todos los cristianos, tienen una obligación indispensable de gemir, y de reputarse por miserables en esta tierra; porque

quien está en ella contento, y quien halla en ella alegria y su reposo, no entrará jamás en el cielo. No tendrá parte en la felicidad de la otra vida, dice San Agustin, quien no se tiene por infeliz en esta.

Bien podémos decir que toda la de *Sor María Josefa,* fué una vida de suspiros y deseos encaminados á la pátria celestial, dirigidos á la perfecta posesion de su divino Esposo, en quien tenia colocada toda su esperanza. Gemia por verse apartada de su Dios y de la ciudad santa de Sion. Se contemplaba frecuentemente como una hija distante de sus padres, como una esposa, privada de la presencia de su esposo; y el amor la instimulaba é inflamaba mas cada dia. Un ciervo perseguido por largo tiempo de los cazadores, no desea con mayor ánsia un rio en que refrescarse, como *Sor María Josefa* anhelaba á la posesion de su Dios. Abrasábase su alma con una ardiente sed de gozar á Dios vivo. Esperaba con ánsias fervorosas aquel dia afortunado en que habia de ser embriagada de la abundancia de los bienes de la casa de su amado Esposo, y en que este la haria beber del torrente de sus delicias, como que en él está la fuente de la vida. En las continuas y penosas enfermedades con que la visito Dios, como despues verémos, decia con San Pablo: *Jesucristo es mi vida, y la muerte es ganancia para mí. Deseo ser desatada de los lazos de este cuerpo, y estár con Jesucristo.* Tal era y tan sólida la esperanza de nuestra religiosa.

Como en su alma vivia esta divina virtud, no habia cosa en el mundo capaz de conmoverla, ni los vientos de las tentaciones, ni las tempestades de las aflicciones. En una gravísima en que se vió su convento, y en la que le tocaba mucha parte, no se le oia decir sino estas palabras: *Esperémos en Dios; Dios lo remediará todo.* Su sábio director solia tenerla algunos meses sin confesarla; sin duda para probar si era firme su esperanza en el Señor, á quien debia ocurrir en las tribulaciones y necesidades de su espíritu: advirtiendo esto las religiosas, so-

lían decirla algunas veces: *¿Cómo puede vivir V. R. con consuelo sin confesarse tanto tiempo? ¿por qué no hace diligencia? ¿por qué no envia á llamar á su confesor?* A lo que respondía: *Yo puse mi alma en manos de mi padre espiritual; si no viene, es señal que no lo juzga conveniente; pero entre tanto, bueno es esperar en aquel de quien viene todo consuelo.*

La esperanza de los bienes eternos la hacia ver con indiferencia, así los gustos, como los sinsabores de esta vida. Tan contenta se hallaba con una prelada, como con otra; con un oficio vil y bajo, como con otro sublime y elevado. Tan gustosa en la profesion solemne de una de sus hermanas, como en los himnos de otras. Su espíritu inalterable y firme con la áncora de la esperanza, no se dejaba abatir de las olas enfurecidas y borrascosas, ni llevar ligeramente á una parte ni á otra, por el soplo blando de los suaves zéfiros. Por último, si la esperanza de las cosas temporales, que es una esperanza llena de incertidumbre, sostiene á los negociantes en los peligros de su comercio, á los soldados en los trabajos y fatigas de la guerra, á los operarios en sus laboriosas tareas; si la esperanza anima á todos á la fatiga, ¿qué cosas no haria en el alma de *Sor María Josefa,* la firmísima esperanza que estaba en su corazon de poseer á su soberano Esposo en el cielo, que es la tierra de los vivos? ¡Qué mucho que no buscase en las criaturas aquel reposo que no podia tener jamás en ellas, y que solo le hallase buscándole en el que era toda su esperanza!

CAPITULO IX.

De su ardiente caridad.

La caridad es el alma de las virtudes, y sin ella, aunque uno hablara con las lenguas de los hombres y de los ángeles, sería nada delante de Dios, sería un abismo de miserias. Ella com-

prende el amor de Dios y del prójimo: Dios nos manda que le amémos; y en el mismo precepto están incluidas las razones que nos obligan á amarle.

Debémos amar á Dios, porque es nuestro Soberano, y por esto tiene un absoluto dominio sobre nosotros y sobre todo aquello que nos pertenece; luego es muy justo que tenga tambien dominio sobre nuestro corazon. Debémos amarle, porque es nuestro Dios, nuestro primer principio y nuestro último fin. De él recibimos el ser, y á él hemos de volver. Aunque andémos volteando á una y otra parte, no encontrarémos jamás el reposo y descanso sino en Dios; porque el corazon del hombre no fue hecho sino para Dios. Él solo puede darle la verdadera paz, el gusto y la alegria; y fuera de él no encontrará sino turbacion é inquietudes. Dios solo es capaz de llenar el vacío de nuestro corazon. Él es el centro donde han de terminar nuestros afectos y deseos. Debémos amarle, finalmente, porque él ha querido ser todo nuestro, y por eso es muy justo que seamos todos suyos. Se ha servido de toda suerte de medios para ganar nuestro corazon: no contento de ser nuestro Criador, ha querido tambien ser nuestro Redentor: no contento de habernos formado con sus manos, nos ha sacado tambien de las del demonio: nos ha amado hasta darnos, no solo la vida y los bienes que gozámos, sino tambien á su propio Hijo, el único objeto de sus complacencias. Es pues, muy justo que habiendo querido Dios ser todo nuestro por su misericordia, seamos nosotros todos suyos por obligacion, pues él primero nos amó.

La vida toda de *Sor María Josefa,* es la prueba mas incontestable del amor de Dios que dominaba en su corazon. Desde que la rayó aquella luz que hace discernir el bien del mal, le consagró todos sus afectos, sus potencias y sentidos, no poniendo su amor sino en el único que verdaderamente lo merece. Dios era el objeto de sus pensamientos y de sus deseos; no procuraba sino agradarle, absteniéndose cuidadosamente de todo aquello

que pudiese ser ofensa de tan suprema Magestad. Sabémos por sus directores que ayudada de la divina gracia, logró conservar tan limpia la preciosa vestidura del bautismo, que en toda su vida nunca la manchó con culpa grave; procurando aun evitar con esmero las culpas veniales. Solo el divino amor pudo haberla hecho insípidos los vanos placeres que los mundanos solicitan con los mas vivos deseos: él solo pudo sostenerla en aquellos años de su juventud, para que no se precipitase, dejándose llevar de los atractivos lisongeros, y de la fuerza de las pasiones que en aquella edad encienden el fuego de la soberbia, de la vanidad y de la impureza. Por el amor que tenia á Dios, consiguió lograr grandes triunfos del demonio, del mundo y de la carne; enemigos tanto mas temibles, cuanto mas astutos, mas domésticos y lisongeros. Como no amaba sino á Dios, como Dios solo reinaba en ella, rebatia y arrojaba de sí cuanto pudiese desagradar á aquel amabilísimo Señor, en quien habia colocado todo su amor, haciéndole dueño absoluto de sus afectos y de su corazon. Esplicaba este amor con los mas fervorosos actos de una ardientísima caridad, haciendo todas sus obras á mayor gloria de su amado, y no perdiéndole jamás de vista aun en las mas menudas operaciones. Su ánsia era que todos amaran á Dios y le sirvieran: aborrecia las vanidades, las pompas y las diversiones del mundo; sintiendo en su alma un atracivo que la apartaba de los objetos de concupiscencia y de la posesion de las cosas temporales; poniendo toda su alegria en pensar solo en las eternas y en la separacion de las criaturas; amando á Dios no solo con las palabras y con la lengua, sino con las obras y con la verdad. En los propósitos que procuró observar siempre, y nos dejó escritos de su puño se leen, en primer lugar, los siguientes: *No cometer con advertencia, no digo culpa mortal, pero ni la mas mínima imperfeccion; y en cayendo* [*como frágil y miserable*] *levantarse con un acto de contricion, y con la confesion luego que pueda. Todo cuanto hablare, pensare, é hiciere, ha-*

cerlo á mayor gloria de Dios, y no determinar nada, sin pensar si llevo este fin. Procurar no poner mi amor en nada de esta vida, y en reconociéndolo en alguna cosa, quitarlo.

CAPITULO X.

De su amor al prójimo.

EL amor del prójimo está tan necesariamente unido al amor de Dios, que no se puede amar á éste, sin amar al prójimo. Dios lo ha mandado; y á estos dos preceptos, dice Jesucristo, se reducen toda la ley y los profetas. Para amar al prójimo, no solo debémos desterrar de nuestro corazon todo sentimiento, y de nuestra boca toda palabra injuriosa, sino que hemos de mostrar con nuestras obras, que tenémos para con nuestros hermanos un amor sincero, sufrir sus defectos, consolarlos en sus aflicciones, aliviarlos en sus necesidades, tomar parte en sus trabajos, procurarles toda suerte de bienes, particularmente los que pertenecen á su salud eterna; porque así como este es el mayor bien que podémos hacer á nosotros mismos, así tambien es el mayor que podémos procurar á nuestros prójimos.

No es fácil declarar el grado tan eminente en que poseía esta virtud *Sor María Josefa.* Su corazon no sufria jamás alguna malignidad contra sus prójimos; antes por el contrario, deseaba solamente ocasiones de servirles, las solicitaba, y cuando se le ofrecian, las abrazaba con el mayor gusto y regocijo. Evitaba cuidadosamente todo aquello que conocia poder desagradarlos: preferia los intereses de sus prójimos á los suyos propios, y sentía mucho cualquiera cosa que pudiese acarrearles algun daño. Jamás injurió á nadie con sus operaciones ó con sus palabras. Nunca tuvo sentimiento con persona alguna; ni se quejó aun en secreto ó en confianza, de algun mal que la hubiesen hecho,

ó dicho de ella. A todas las religiosas trataba con suma igualdad; evitando con gran cuidado toda amistad particular; amando á todas en Dios, sin distinguirse con ninguna.

Visitaba y consolaba á las enfermas; lloraba con las tristes, se regocijaba con las alegres; interesándose en los gustos de las unas, y tomando gran parte en el dolor y aflicciones de las otras. Para aliviar el trabajo de las hermanas donadas, (así llaman á las que sirven dentro del convento; porque, como dijimos, no hay ni se permiten mozas de servicio) se levantaba antes que ellas, iba á la cocina, fregaba los trastes y el bracero, encendia el fuego, arrimaba á él las ollas con agua, disponia todo lo necesario para el desayuno, colocaba en su lugar todas las cosas, de manera, que cuando venian las donadas que servian á la cocina, ya lo hallaban todo hecho, á esmeros de la caridad de la maestra de novicias, ó de la vicaria; porque en cualquiera empleo que tuviese, á proporcion de lo mas elevado de él, se encendia mas el fuego de su caridad. Estando de portera mayor, suplicaba con los mayores rendimientos, la diesen los garbanzos, lentejas ó frijoles para limpiarlos y librar de este trabajo á las cocineras. Si alguna se enfermaba, iba prontamente á servirla en los oficios mas bajos y despreciables. Repartia sobre tarde las velas en la celda de cada religiosa; aliviando de esta suerte á la donada á quien esto pertenecia; y si alguna religiosa procuraba impedirla, en atencion á su salud bastantemente debilitada, ó representándola que para eso habia donadas en la comunidad, respondia humilde y festiva: *pues qué ¿no soy lo mismo que ellas?* En algo he de de servir, ya que para nada soy buena.

Si se enfermaban algunas de sus novicias, las curaba, las asistia con un amor de madre, las servia á la mesa, y algunas veces de rodillas, con tal esmero, que á fuerza de ruegos y de aquella grande afabilidad y dulzura con que las habia tratado, aun cuando estaban en sana salud, las hacia tomar las medicinas y los alimentos necesarios, dejándolas contentas y gustosas. Velaba

muchas noches, sin permitir á su débil cuerpo el preciso descanso, solo por acompañar á alguna de sus novicias que tenia miedo. Sufria todas sus impertinencias propias de sus pocos años, haciéndose criada de todas y de cada una de ellas para cuanto querian mandarla; sin que por esto rebajara un ápice de todo aquello que pertenecia al cumplimiento de las graves obligaciones de su ministerio; ayudándolas con sus doctrinas y consejos á la perfecta observancia de la ley santa de Dios, y al puntual cumplimiento de sus reglas.

Si observaba en el coro que alguna religiosa daba muestras de estár algo enferma, se ofrecia á hacer por ella todos sus oficios, y los ejercitaba con alegria y puntualidad. Estendiase su misericordia hasta los mas desdichados méndigos que llegaban á la porteria, considerando en ellos al mismo Jesucristo, y teniendo presentes aquellas palabras del Salvador: *Lo que hiciereis con el mas mínimo de mis pobres, lo haceis conmigo.* Los saludaba con especial ternura, se compadecia de sus miserias, y procuraba aliviarlas aun á costa de quedarse muchos dias sin comer, porque á ellos no les faltase aquel sustento. Era de genio naturalmente vergonzoso para pedir; pero la gran caridad en que ardia su corazon, la hizo vencerse muchas veces, hasta andar mendigando de celda en celda lo que sobraba a las religiosas, para repartirlo despues á los pobres de Jesucristo.

Brilló mas su caridad con una donada á quien los achaques de la vejez habian hecho impertinente y asquerosa. A ésta servia *Sor María Josefa* con indecible regocijo; la cortaba el cabello cuando era necesario; la sufria con mansedumbre; y se dedicaba á limpiarla y atenderla en cuanto se le ofrecia. De este modo cumplió esta caritativa religiosa aquel *nuevo mandato* que nos impuso Jesucristo, de que nos amémos unos á otros como el mismo Jesucristo nos amó.

El tercero de sus propósitos dice: *Amar á todas en Dios, y suplirles sus faltas como quiera que me suplan las mias, y no*

faltarles á las que se quisieren servir de mí. En el nono se esplica de esta suerte: *No decir de los defectos de otro, sino escusarlos cuanto pudiere.*

CAPITULO XI.

De su profunda humildad.

Cuando se considera uno á sí mismo, y contempla lo que es, y lo que no es; cuando compara sus verdaderos defectos, con sus pretendidas perfecciones; en una palabra, cuando se conoce á sí mismo, entónces no hace caso de sí, y no tiene sino indiferencia y desprecio para con su persona. De aquí es que la humildad no consiste solamente en las acciones esteriores ni en las palabras; siendo muy fácil andar con la cabeza torcida, con los ojos bajos, y llamarse gran pecador y miserable; sino en lo que mas importa en tener un bajo concepto de sí mismo, en conocerse á fondo, en despreciarse y amar el ser despreciado. Son muchos los motivos que obligan al hombre á humillarse, y á hacer una particular estimación de esta divina virtud.

Primeramente: el haberse anonadado nuestro Señor Jesucristo, para confundir por este medio la soberbia del demonio, y reconciliarnos con Dios su Padre. Lo segundo: el deseo que ha mostrado Dios de que ejercitémos esta virtud, ecshortándonos á esto frecuentemente; pues apenas hay página en la Sagrada Escritura, como nota San Agustin, en que no se lea, que él resiste á los soberbios, concede su gracia á los humildes. Por último: el ejemplo de los santos, los cuales todos han abrazado la humildad como el único camino que conduce al cielo.

Y en efecto: si no quisiésemos ser rebeldes á la luz, veriamos claramente, que el no tener nosotros ningunos méritos propios, nos obliga á mirarnos siempre como pobres y desproveidos de todo bien. ¿Qué tenémos que no hayamos recibido? y si todo lo

hemos recibido, ¿por qué nos gloriamos como si no se nos hubiera dado? Esta misma nada de méritos propios que debe humillarnos delante de Dios, debe tambien abatirnos delante de los hombres, quitándonos todo derecho para quejarnos de los malos tratamientos que ellos nos hacen. Cuando recibámos de las criaturas alguna injuria ó afrenta, considerémos que nada nos pueden ellas quitar, que sea propiamente nuestro, no teniendo derecho á cosa alguna. Bien puede ser injusta la voluntad que ellas tienen á dañarnos; pero Dios se sirve de ellas muy justamente como de un instrumento para quitarnos lo que merecemos perder. Por tanto, las quejas, las murmuraciones, las impaciencias, son del todo contrarias á esta pobreza y á esta nada que conviene al hombre, y por consiguiente á la humildad.

Cuan profundamente gravadas estaban estas doctrinas de la escuela de Cristo en el corazon de *Sor María Josefa,* lo reconocerémos, bien presto, atendiendo al desprecio que hacia de su persona en todas las cosas, y á lo mucho que deseaba su abatimiento; no dejando pasar ocasion alguna de humillarse y confundir la soberbia de la antigua serpiente. A boca llena se confesaba por inútil, por incapaz de hacer nada bueno, acompañando estas y otras palabras semejantes, con el sentimiento interior que tenia de su indignidad y bajeza. Una religiosa viéndola tan enferma solia decirla: *Madre, no permita Dios que su caridad siga mala y se vaya á morir; ¿qué harémos entónces?* A que respondió sonriéndose la humildísima LINA: *¿Pues de que sirvo yo mas que de estorbo, y de dar que hacer á la comunidad? Si fuera su caridad ú otra cualquiera, si hiciera falta, porque todas sirven de mucho; pero yo de nada.* Tan profundas raices habia echado en su corazon este conocimiento de su vileza, que habiéndola ordenado el médico unos baños, y necesitándo su compleccion el que la agua estuviese mas caliente que tibia, se arriesgaba á contraer algun achaque, como le sucedió varias veces, solo por no pedir que calentáran mas el agua; juzgando humildemente que era su persona

una cosa tan vil y despreciable, que no merecia incomodar á la que le preparaba el baño. Si pedia alguna cosa necesaria, era con tales súplicas y rendimientos, como si nada se le debiera, y añadia: *Haganlo solamente por Dios, pues por él solo pueden aguantar mis impertinencias.* Se regocijaba y daba gracias al Altísimo, siempre que veia ejercitar á las religiosas el mas pequeño acto de virtud, deseando aprender de todas, la que era maestra de perfección. Una de las que habian sido sus novicias solia decirla: *¿Es posible que no conoce su caridad los defectos de las que fuimos sus novicias?* A lo que respondia: *Sabe Dios la cuenta que daré yo del mal ejemplo que les dí; pero tengo el consuelo que no lo tomaron, porque todas son santas, y solo yo soy una ociosa, para nada buena.* Díjola en cierta ocasion una religiosa: *Madre, si su caridad fuera prelada, ¿qué hiciera?* Respondió prontamente: *Espero en Dios que no lo he de ser; pero si lo fuera, no hiciera nada; por que Dios que me daba la carga, me daria las fuerzas.*

Siendo maestra de novicias quisieron estas, ó por diversion, ó por hacer algun ejercicio, encargarse de cultivar un pequeño jardin del noviciado; y viéndolas *Sor María Josefa* tan empeñadas en el trabajo, las representó, que se habian de cansar mucho, y que, para aliviarlas en algo, ella las ayudaria en lo de adelante; y que para que tuviesen mayor mérito, las mandaba espresamente que la llamáran siempre que fuesen á su tarea. Obedecieron las novicias; siendo á la verdad cosa admirable, ver que no esperando ellas ocasion oportuna, sino aprovechando la que les ofrecia su antojo, á cualquiera hora, aun la mas incómoda, como estuviese libre de los ejercicios de la comunidad y noviciado, llamaban á su maestra; y dejando esta prontamente sus ejercicios espirituales, tomaba una escoba y un cántaro de agua, y en su compañia trabajaba alegremente todo el tiempo que querian las novicias; no cesando de barrer, hasta que ellas se lo mandaban.

Buscaba siempre el último lugar en todas las concurrencias, escepto en los actos de comunidad; y si cuando era maestra de novicias ó vicaria, se le ofrecia entrár donde estaban sentadas las novicias ú otras religiosas, y estas se ponian en pie, avergonzada ella de esta honrosa distincion, apresurando el paso, se sentaba prontamente en el suelo, para que las demás tomasen sus asientos.

Como muchas veces permite Dios, aun en las almas buenas, que ejerciten la humildad de sus prójimos, así no le faltaron á *Sor María Josefa,* repetidas ocasiones en que mostrar en lo interior, el desprecio y abatimiento que concebia de su persona; no respondiéndo jamás con voz alterada á quien la reprendia, y sufriendo gustosa los mas viles ultrajes, por amor de aquel que quiso ser reputado como un gusano, como aprobio de los hombres y desprecio de la plebe.

Siendo maestra de novicias y vicaria, se enfermáron algunas de las donadas; y la humilde religiosa que no dejaba pasar ocasion en que abatirse, segun habia resuelto en el quinto de sus propósitos, representó á la prelada, que era preciso barrer los claustros, para que cuando llevasen el Sagrado Viático á las enfermas, estuviese todo aseado y limpio; que por tanto la suplicaba concediese su licencia, para que ella, en compañia de sus novicias, ejercitase este ministerio. La prudente superiora, conociendo que en negarle esta humillacion mortificaria demasiado su espíritu, condescendió á su súplica; quedándo edificada toda aquella religiosa comunidad, de ver con la escoba y el cántaro, á la que veneraban como á su patrona y fundadora, á la que se habia educado en las comodidades de su opulenta casa, ejercitándo ahora con tanta destreza los mas viles oficios, como si los hubiera practicado toda su vida. Al verla tan contenta en estos serviles ministerios, bien podémos decir de *Sor María Josefa,* lo que de Santa Proba escribió San Fulgencio: „Dios, dice este Padre, „con el celestial don de su gracia, infundió en su alma tal hu„mildad, que por el amor de la sujecion, y por el uso de servir, se

„habia ya olvidado de haber sido señora, mirando á todas como „á sus amas; porque santamente se complacía de ser sierva de „todas, haciéndose de este modo semejante á su celestial Esposo, „á quien tenia consagrada, con la virginidad de su cuerpo, la „humildad de su corazon; no ignorando que este Señor tomó „la humilde forma de siervo, por librarnos de la miserable escla- „vitud del demonio y del pecado. A este Esposo procuraba ella „agradar, haciéndose esclava de todas, para que colocada en el „número de las felices vírgenes prudentes, pudiera con ellas rei- „nar eternamente gloriosa."

Empleó el tiempo santamente, ejercitándose en los actos de una profunda humildad, así esterior como interior; sin que sea posible declarar plenamente cuantos y cuan repetidos fueron aquellos ni estos; estándo su alma humillada hasta el polvo, avergonzándose y confundiéndose como el santo sacerdote Esdras, de levantar á Dios su rostro que tenia siempre inclinado hácia la tierra; pareciéndola que sus iniquidades se habian multiplicado sobre su cabeza, y que sus delitos habian crecido hasta el cielo. De este modo se dispuso su alma para recibir de Dios aquella gracia abundante y vigorosa, que se necesita para resistir a las tentaciones esteriores é interiores: gracia, que segun las santas Escrituras, se concede por el Señor á los humildes, y se niega á los soberbios.

CAPITULO XII.

De su austéra penitencia y mortificacion.

La virtud de la penitencia, es una sincéra detestación del pecado, y un deseo eficaz de castigarlo, y de reparar la injuria hecha á Dios en la forma que ordena. El orígen de esta virtud, es el amor de Dios, como justo; porque el que ama la justicia, ama lo que ella ordena. Ahora pues: la justicia ordena al hombre que

no peque, y le manda tambien despues que ha pecado que castigue y repare su culpa; y esto es lo que se llama *penitencia.* Hay una penitencia general que está impuesta á todos los hombres, y consiste en las enfermedades, en la muerte del cuerpo, en las miserias de esta vida, en vernos apartados de Dios, en la incertidumbre de nuestra eterna suerte, y en una vida ocupada y laboriosa. El pecador está obligado á sufrir estas penas, llevándolos con espíritu de penitencia. Él debe morir como un delincuente, condenado a muerte por la justicia de Dios, y recibirla como la satisfaccion de sus pecados: debe tolerar las miserias de esta vida, como una penitencia que Dios le ha impuesto: debe considerarse como desterrado de la vista de Dios en una tierra estraña, en castigo de sus pecados: y, finalmente, debe abrazar en este espíritu de penitencia, un género de vida sériamente ocupada y laboriosa, el cual no tenga por fin la diversion y el deleite; porque la sentencia de Dios: *Comerás el pan con el sudor de tu rostro,* comprende á todos los hombres que han pecado en Adan.

Pero, sin embargo de todo esto, el hombre es naturalmente enemigo de la penitencia y mortificacion, y en esto procede injustamente; no solo contra Dios, sino tambien contra sí mismo; no solamente contra su alma, sino contra su cuerpo. La virtud de la penitencia no tira á destruir el cuerpo, sino á conservarlo, ella no pretende destruir en él, sino lo que le puede causar la muerte eterna; no quiere desterrar de él sino aquellos venenos que lo corrompen, y las llagas que en él se forman para hacerlo morir. De aquí es, que la penitencia no mira sino nuestro verdadero bien, y nada hace sino por un motivo de amor, pero de un amor sábio y arreglado, que sabe escojer los verdaderos medios para procurar el bien de las almas. Proceden, pues, los hombres contra el dictámen de la razon, aborreciendo lo que se llama mortificacion; pues que esto no pretende otra cosa que hacer vivir el cuerpo, y procurarle los bienes que necesita.

Esta virtud de la penitencia que es propia de todo cristiano, como hemos dicho, lo es tambien sin duda de aquellas sagradas vírgenes que se han separado del siglo, y viven retiradas en los claustros. Ellas principalmente deben ejercitarse en la mortificacion esterior é interna, que segun el lenguaje de los Santos Padres, puede justamente llamarse un largo y lento martirio. Las razones que las obligan á esto son, la primera: porque así como ellas gozan la honra de ser Esposas de Jesucristo, á quien han consagrado su virginidad, así tambien están especialmente obligadas á semejarsele y á seguir mas de cerca sus pisadas, é imitar sus ejemplos. La segunda razon es: porque sin la mortificación, dificilmente podrán conservar intacta la pureza de su estado, resistir á los asaltos con que el demonio se esfuerza á apartarlas de la virtud, y refrenar la carne para que no se levante contra el espíritu, y lo arrastre al abismo del pecado y de la perdicion.

Convencida de esto *Sor María Josefa,* declaró una guerra sangrienta á sus sentidos y á todo su cuerpo, crucificando la carne con sus vicios y concupiscencias. Sin embargo de ser de una complección delicada y enfermiza, se disciplinaba muchas, veces hasta derramar sangre. Se horroriza la vista solo de mirar los crueles instrumentos con que castigaba su cuerpo, reduciéndolo á servidumbre. Cilicios, plantillas de hierro, petos sembrados de agudas puntas, disciplinas de garfios, todo esto ponia en uso para domar su carne, y sujetarla al espíritu. Los viernes, haciendo un doloroso recuerdo de aquellas tres horas en que estuvo pendiente en la cruz el Varon de dolores nuestro amabilísimo Redentor, postrada en tierra estendia ambas manos, cargándolas sobre dos clavos, permaneciendo en esta mortificación por mucho tiempo. Santamente ingeniosa, buscaba todos los dias diversas maneras de mortificarse. Su ayuno era continuo; sin que jamás se le viese comer otra cosa que lo de comunidad, que servia á todas en el refectorio, y de esto apartaba siempre para los pobres, ó todo

ó la mayor parte, como ya dijimos. Aun cuando estaba enferma en la cama, tenia gran cuidado de preguntar, si la comida era la misma de la comunidad.

La enviaban muchas veces frutas, dulces y otros manjares deleitosos al gusto; pero el suyo era repartirlos á la comunidad, sin probar nada. Frecuentemente mortificaba el gusto con acíbar, y otras yerbas amargas. La agua que bebia era siempre tibia, y en tan corta cantidad, que mas que para refrigerio, era á propósito para aumentar su sed. Tenia hecho pacto con sus ojos, obligándose, con permiso de su director, con los vínculos del voto, para no ver el rostro de ninguna persona del siglo, á escepcion de sus hermanos, ú obligada por la obediencia de sus superiores; el cual voto cumplió con la mas escrupulosa puntualidad; llegando á tal estremo el continuo ejercicio de esta mortificacion, que se le cayeron los párpados, costándole despues gran fatiga para levantarlos. Sus palabras eran tan medidas á lo puramente necesario, que sería más fácil numerar las que habló, que las que oprimió con su profundo silencio. Para *Sor María Josefa,* no habia nada inmundo ni asqueroso, como lo acreditó en repetidas ocasiones, que la pluma no describe menudamente, por no mover la nausea á los lectores. Acostumbrada desde su tierna edad á beber el chocolate muy caliente, se venció de manera, que lo tomaba ya enteramente frío.

Quien atendia tanto á la mortificacion esterior, ¿cuánto cuidado pondria en la mas necesaria é importante, cual es sin duda la del espíritu? Colocaba su principal atencion en cumplir con las obligaciones de su estado; sin dejarse llevar de la curiosidad de saber novedades del mundo; ni perdiendo el tiempo en inquirir cosas vanas é inútiles. Refrenaba la ligereza de aquella inclinacion que nos solicita á estar continuamente disipados, que nos llena de mil pensamientos frívolos, de proyectos quiméricos, y que nos hace perder todo el fruto de nuestros ejercicios. Evitaba, por último, aquella ostinacion con que los espíritus tercos y por-

fiados quieren llevar adelante sus pareceres, empeñándose á sostenerlos cueste lo que costáre; ó dispútando de ciertas cosas que de nada aprovechan, y solo sirven para ofender la caridad, ó escandalizar al prójimo.

Nuestra religiosa por el contrario, anhelaba siempre á gobernarse por el espíritu de Dios, á quien consultaba frecuentemente; y procurando imitar en cuanto alcanzaba, el espíritu de su divino Esposo, era el suyo un espíritu no de contienda y alteracion, sino de mansedumbre y humildad; estando muy pobre de espíritu propio; pero muy rica del de Dios.

CAPITULO XIII.

De su continua oración.

LA oracion cristiana, comprende todos los buenos pensamientos que una alma puede formar en la presencia de Dios, á fin de escitár buenos movimientos en la voluntad. En este sentido, meditár en presencia de Dios sus grandezas, sus obras, sus beneficios; alabarlo, darle gracias, pensar en Jesucristo y en los méritos de su vida y de su muerte; y, finalmente, todas las consideraciones, afectos y resoluciones que uno puede formar, todas estas cosas, digo, son oracion. Pero particularmente llamámos oracion, las peticiones que se hacen á Dios de algun beneficio que esperámos de su liberalidad, perteneciente á nuestra salud eterna, ó á la de nuestros prójimos. La fe que nos hace conocer á Dios, nos enseña tambien, que sin el divino aucsilio y sin la gracia de Jesucristo, no podriamos observar sus mandamientos, dar el lleno á nuestras obligaciones, resistir las tentaciones, y, por último, emplear la vida santamente, para gozar despues de ella á Dios; todo lo cual debe obligarnos á recurrir á la oracion. Somos muy débiles; y son muy fuertes nuestros enemigos. El mun-

do lo es siempre nuestro; y, lo que es mas, nosotros somos enemigos de nosotros mismos, y cargámos un cuerpo de muerte, que es un manantial inagotable de tentaciones. Las llagas que recibímos por el pecado, son llagas que perseveran, como dice la Sagrada Escritura, y necesitan de un remedio que no sea de menor estension que el mal; y por eso debémos orar siempre, y justificarnos hasta la muerte.

La oracion no consiste en palabras ni en estár de rodillas muchas horas. „Cuando la Escritura nos manda, dice San Agus„tin, que orémos incesantemente, no nos oblíga á estár siempre „de rodillas, ni á cantar Salmos, de dia y de noche; sino á tener „siempre en el fondo de nuestro corazon el deseo de dejar la tie„rra, y de entrar en el reino del cielo. Orar incesantemente, es „desear incesantemente el poseer á Dios. Este es un deseo que „no debe jamás apartarse de nuestro corazon. Debémos siempre „gemir, suspirar, y decir siempre: Yo soy esclavo, y soy foras„tero; este mundo no es mi pátria, yo no estoy con Dios. No „por eso digo, añade San Agustin, que el justo no se pueda reir „alguna vez, ó no se divierta un poco, y que no se ocupe en mu„chas cosas que parecen muy diferentes del reino de Dios. ¡Ah! „esta es una de las cadenas de su dura esclavitud. Es necesario „que él trabaje para los Egipcios, y que se ocupe en maniobras „de lodo y de tierra, mientras es esclavo de Faraon, y habita en „esta tierra de Egipto; pero en medio de su esclavitud, no se ol„vida de la tierra prometida; él piensa en Sión, suspira por „su pátria; y así no cesa de orar. Dejaria de orar, si dejase de „desear; pero siendo continuo su deseo, es tambien continua su „oracion. Orar, es pedir con gemidos inefables el último efecto „de la divina adopcion, que, segun San Pablo, es la libertad y „la *redencion de nuestros cuerpos*. Es estár con hambre y san„tamente sediento de los bienes de la casa del Señor: es consi„derarse en el desierto de este mundo como fuera de su país; „y suspirar con una ardiente sed por aquella fuente de nues-

„tra eterna felicidad. Orar es amar: se deja de orar cuando se „deja de amar: es pedir á Dios aquel único bien que basta á los „hijos de Dios: orar es decir deveras: todo lo que no es Dios, „no es capaz de llenar la desmedida estension de mis deseos; y „consiento de buena gana que me lo quite todo, con tal que se „me dé así mismo. Con él estoy plenamente contento; sin él no „encuentro en mí, ni fuera de mí, sino una horrible necesidad, „y una inesplicable miseria." Hasta aquí las palabras de San Agustin.

Pues, si el orar es gemir y desear; y la vida toda de *Sor María Josefa,* como dejámos dicho, hablando de su esperanza, fué vida de gemidos y de deseos; con razon dirémos ahora, que fue tambien una vida de continua oracion. Y en efecto, el estár empleada en los diversos oficios de su ministerio, no le impedia el recurrir continuamente á su divino Libertador y á su celestial Médico, para verse libre de sus miserias y flaquezas. Rogaba como un pobre que espera la limosna á la puerta de aquel grande y rico limosnero, ante quien los reyes de la tierra no son sino otros tantos mendigos. Velaba sobre sí misma, particularmente en aquellos interbálos que mediaban entre sus acciones y sus oraciones; aprovechándose del mas mínimo tiempo para mostrar á Dios su fidelidad en la oracion. Caminaba en la presencia de Dios procurando recojerse á la vista de las criaturas, las cuales la daban materia de una oracion continua, admirando en ellas, á ejemplo del profeta, la grandeza y magestad del Criador.

El coro era la habitacion que se habia elegido. Allí pasaba todas las horas que la dejaban libre sus ministerios: allí se humillaba delante de la Suprema Magestad, y ponia su boca en el polvo. Aunque su oracion era continua, sin embargo, se habia fijado varias distribuciones, que observó siempre sin faltar dia, para la oracion mental y bocal. A mas de lo que era de comunidad, rezaba diariamente los quince misterios del santísimo rosario; y empleaba una hora en la oracion mental. Los lúnes ha-

cia el *ejercicio de muerte,* que nos dejó escrito de su puño: los sábados renovaba sus votos y los santos propósitos que tenia hechos, y nos dejó tambien escritos. Cada dia, ecsaminaba tres veces su conciencia; distribuyendo el tiempo de manera, que jamás se le vió estár un rato ociosa, y sin emplearse en alguna obra útil para su santificacion, ó para la de sus prójimos; evitándo cuidadosamente en todas sus oraciones las distracciones voluntarias; las cuales incluyen una insolencia y un desprecio de Dios, que bien léjos de atraernos sus gracias, las aparta de nosotros. *Procuraré,* dice en el cuarto de sus propósitos, *andar con mucha compostura, no solo esterior, sino interior, considerando me mira Dios.*

CAPITULO XIV.

De su admirable paciencia.

La paciencia que San Pablo reconoce ser el primer efecto de la caridad, y á quien Santiago llama la consumacion, y la perfeccion de todas las virtudes, consiste en sufrir de buena gana y sin conturbarse, los males de esta vida, para no perder los bienes que esperámos en la otra. El hombre paciente conserva la paz en medio de los mas grandes males, ó bien sean internos ó esteriores; ó atormenten el cuerpo, ó aflijan al espíritu; arreglando en tal manera, su esterior, que ni sus palabras, ni sus acciones, denoten cólera, indignacion ó tristeza. No se contenta solamente con sufrir sin quejarse las aflicciones que le sobrevienen, sino que á mas de esto las soporta con alegria; imitando á aquellos cristianos, de quienes habla el Apóstol, los cuales estaban alegres y festivos viéndose despojados de todos sus bienes, con la esperanza de poseer otros infinitamente mas grandes en la pátria celestial. El verdadero paciente por nada se afana ni se conturba; antes por el contrario, adora las órdenes de la

Providencia; y en los tiempos de adversidad, pone su confianza en el Señor con mayor esfuerzo.

Para que la paciencia sea verdadera, debe primeramente ser universal; quiero decir, que es necesario soportarlo todo, enfermedades, injurias, calumnias, contradiciones y persecuciones. Es necesario sufrir de todos: de los superiores, de los inferiores, de los iguales, de los conocidos y de los estraños. Debe tambien ser invencible, no perdiendo por la impaciencia de un momento, los méritos que podémos haber adquirido con las penas de muchos años; esperando los males que nos quedan que padecer con una constante resolucion, de morir antes que hacer alguna cosa que pueda desagradar á Dios. La paciencia, por último debe ser cristiana; esto es, debe tener por fin á Dios, soportándo, no por genio, no por política, no por fuerza; sino por motivos de fe y de religion; porque Dios lo quiere; y porque el ser cristianos nos obliga á ello. Ninguna de estas calidades faltó á la heroica paciencia de *Sor María Josefa.*

Siendo ella naturalmente inclinada á la cólera, por abundancia de humor vilioso, llegó á vencerse de manera, que se hizo flemática hasta en el modo de hablar. A todas sus hermanas sufrió; de nadie se quejó; con todas conservó siempre una santa paz, sin dar á nadie motivo justo de queja. Para ella no habia genios contrarios, ni aquellas que el vulgo llama *antipatias,* y son de tanto perjuicio, principalmente en las comunidades: todo lo soportaba con un gusto y júbilo tan escesivo, que redundaba al esterior, dejándose ver en medio de las mayores tribulaciones con un semblante lleno de risa y de afabilidad. Pero si en todo fué admirable su paciencia, llegó ésta al grado mas alto del heroismo en las continuas enfermedades que padeció, y con que la regalaba el Señor, dándola á beber una parte del cáliz con que brinda á sus escogidos.

Padecia continuamente de un ojo, y era tan invencible su paciencia, que sufria el gravísimo tormento de que se le jun-

tásen allí las moscas, sin levantar la mano, ni hacer otro movimiento para espantarlas. Solia llenársela todo el rostro de estos inmundos y porfiados animalillos; pero aquella animada estátua del sufrimiento perseveraba inmoble, tolerando tan grave mortificacion.

A poco tiempo de profesa, por habérsela enteramente suspendido aquella incomodidad periódica de las de su secso, perdió la salud, y la acometieron varias enfermedades esquisitas y molestas, que la duráron de por vida, hasta que se la quitaron en lo más florido de su edad. Sentia algunas veces un dolor tan vehemente en algunas partes de su cuerpo, que perdia el sentido, cayendo desmayada. Las flucciones y dolores de muelas eran continuas. Muchas veces se apoderaba de todo su cuerpo una frialdad tan escesiva, que no podia entrár en calor, dejando burladas todas las mas prontas y proporcionadas diligencias, sintiendo al mismo tiempo un dolor estremo en los huesos, que la debilitába demasiado. La cabeza estaba atormentada continuamente con violentos y agudísimos dolores, que ella sufria sin permitir á sus lábios el quejarse, hasta que algun tiempo antes de su última enfermedad, comenzó á despedir por las narizes algunos gusanos: estos fueron en tanta cópia en los tres dias antes de su muerte, que pasaron de ciento.

Aquí dió el mas ilustre ejemplo, no solo de paciencia, sino de otras muchas virtudes. Como al salir los gusanos, sentia necesariamente una molestísima comezon, llegó una vez la mano á las narizes, para aliviarse en parte aquel tormento: las enfermeras que la asistian, para evitar el que no se lastimára, la bajaron la mano; desde entónces esta virgen pacientísima, no volvió jamás á levantar la mano, ni á procurarse aquel ligero alivio, sufriendo su esquisito tormento hasta morir. ¿Quién no se llenará de pasmo al contemplar esta paciencia; ni qué pluma podrá jamás encarecerla como merece? Cualquiera espresion seria muy lánguida, é incapaz de hacer formar al lector una justa idea

de tamaño sufrimiento. Sucedan, pues á las espresiones los asombros, al contemplar este modelo de paciencia, tolerando con alegria un martirio tan doloroso y tan molesto: y si á estas penas se añade el regocijo y alegria con que las toleraba por amor de su Esposo, besando y adorando su mano santísima que se las enviaba, crecerá mucho mas el asombro y las admiraciones. ¡Qué espectáculo, á la verdad, tan lastimoso y compasivo! ¡Una vírgen manando en aquellos insectos asquerosos, consumida al rigor de las penitencias, negada aun al mas pequeño alivio, deseando solo padecer por su amado! ¡Una vírgen que se ve rodeada de sus religiosas, á quienes una natural ternura, junta á la gratitud y particular afecto con que la amaban, hacian desatarse en sollozos, lágrimas y gemidos!... ¡Y qué tantos y tan poderosos asaltos no pudiesen rendir la fortaleza de esta heroina pacientísima, consiguiendo al menos que despidiese una lágrima, como indicio de lo mucho que padecia! El único sentimiento que mostraba, era ver á sus religiosas afligidas; olvidándose de sí enteramente, y apurándo aquel cáliz hasta beber la última gota. ¿Qué mas? Ni en esta enfermedad, ni en las otras que habia padecido antes, procuraba aquel natural alivio de volverse de un lado á otro, que solicita todo enfermo. Del lado mismo que la acostaban, permanecia siempre, sin descomponer ni aun la ropa de la cama; mostrándo tal gozo en medio de sus dolores, que edificaba á todas con su inalterable serenidad.

Seame lícito dar fin á este capítulo con una importante reflección. Las gentes mundanas juzgan muy mal, por lo comun, de la vida de los justos, porque los ven en las humillaciones, enfermedades y trabajos; concibiendo que nada hay mas infeliz que esta suerte de vida; pero no saben que Dios endulza estos males con sus abundantes consuelos, y que en ellos, como á San Pablo que sobre abundaba de gozo en sus tribulaciones, les hace muchas veces encontrar su alegria y su reposo. Así sucedia puntualmente á nuestra religiosa; pero no sucede lo mismo

con los males que Dios envia á los mundanos, y que los hacen tan impacientes. Las llagas con que los castiga, son llagas de enemigo, segun el lenguaje de la Escritura, son males sin consuelo; porque no esperan que les sean útiles para la otra vida; sino es cuando Dios emplea estos males para convertirlos y reducirlos al número de sus ovejas.

CAPITULO XV.

De su estremada pobreza.

El voto, dicen los teólogos, con el Maestro de todos Santo Tomás, es una promesa hecha á Dios con conocimiento, con deliberacion y con libertad, de una cosa buena y mejor que su contraria. El voto solemne de religion incluye tres diferentes votos particulares, que son el de pobreza, el de obediencia, y el de castidad. Ellos son los mas importantes, los principales y seguros medios para conseguir la perfeccion cristiana; porque destruyen los tres grandes impedimentos que estorban á los fieles el conseguirla; conviene á saber, el amor de los bienes de la tierra y de las riquezas de este mundo, á quien San Juan llama concupiscencia de los ojos: el amor de los placeres sensuales, que es la concupiscencia de la carne; y el desareglamento de nuestra voluntad, ó la soberbia de la vida. El voto de pobreza destruye el primer impedimento, apartándo á la persona que lo hace del apego á los falsos bienes del mundo, á que inclina la naturaleza corrompida por el pecado. El voto de castidad se opone fuertemente al amor de los deleites á que el hombre está aun mas violentamente inclinado por la concupiscencia con que nace, y por las frecuentes tentaciones que provienen de su propia corrupcion. Por último, el voto de obediencia endereza y rectifica su voluntad, sujetándola á la del superior. Es cierto que, regular-

mente hablando, se puede con el socorro de la gracia practicar las tres virtudes que incluyen aquellos tres votos, sin obligarse espresamente á ellos; pero tambien es mucho mas cierto, que la obligacion que contrahen las personas religiosas, es un poderoso freno que detiene la inconstancia de la voluntad, y que la hace perseverar en el cumplimiento de la promesa que se ha hecho á Dios; y, por otra parte, no hay duda en que las acciones hechas por un voto solemne de religion, son mas ecselentes que las que se practican sin él; porque el voto solemne es un despojo de la propia voluntad, que hace dar á Dios el árbol y los frutos todo junto. Finalmente, estos votos sostienen al alma en sus flaquezas, la animan en sus miserias, la sirven de asilo y refugio en sus tentaciones, y, anticipándola en cierto modo la herencia del cielo, dan á su voluntad una especie de confirmacion en el bien.

El primero de estos votos, como ya dijimos, es la pobreza, y consiste en no poseer nada propio, ni como que se tuviera en ello dominio; y en apartar de sí el afecto ó deseo de poseer como propio. Las personas religiosas se conforman por ese voto con el soberano modelo de perfeccion que es Jesucristo, el cual tuvo una particular estimacion y amor á la santa virtud de la pobreza. El era el legítimo dueño de todos los bienes del mundo, y con todo, se ha hecho ver entre nosotros, como el mas pobre de todos; no teniendo ni en qué reclinar su cabeza. Nació en un pesebre desproveido de todo; vivió sobre la tierra necesitado de todo; y murió sobre una cruz privado de todo: escogió díscipulos pobres; y quiso que pasasen una vida pobre, predicándo por todo el mundo el evangelio.

Los religiosos y religiosas deben semejarsele, haciendo que su pobreza comparezca en todo su esterior: en su vestido, en sus alimentos, en sus muebles; usando de buena gana materias sencillas, muebles comunes, alimentos ordinarios; y abrazando con buena voluntad las incomodidades que acompañan la pobreza: á diferencia de aquellos, que como dice San Bernardo, quie-

ren ser pobres, pero con pacto que nada les falte; y aman la pobreza con la condicion de no padecer ninguna escaséz.

Muy lejos de esto *Sor María Josefa,* observó siempre una pobreza estremada. No contenta con tener solo lo necesario, rebajaba aun mucho de esto. Nunca se puso hábito ni zapatos nuevos, sino obligada por la obediencia. El traer jubón le parecia superfluo; el tener dos enaguas, ocioso. Teniendo breviario juzgó superfluo el *diurno,* y lo entregó á la prelada. Para remendar su ropa nunca tuvo sino una aguja; porque decia que tener dos era superfluo. Si la daban una madeja de seda, tomaba aquellas hebras que creia precisas, devolviendo las demás, sin que se pudiese conseguir que las guardase para otra ocasion. Los libritos ó devocionarios que rezaba, los pedia siempre prestados. Cuando la regalaban algo de afuera, lo ponia en manos de la prelada, para que lo repartiera á su arbitrio; como sucedió, entre otras cosas, con unos rosarios y ceras que llaman *Agnus Dei,* que no quiso nunca repartirlos por sí, dejando esta accion á la superiora, sin tomar ella la mas leve cosa. Aun para dar ó recibir una estampa de papel pedia licencia.

Buscaba siempre para su uso lo mas tosco y grosero, así en el vestido, como en la comida; no consintiendo la diesen ni aun el pan necesario para su sustento; contentándose con los fragmentos y migajas que sobraban á las demás religiosas. No tenía ni un búcaro ó jarro en que tomar agua, y la poca que bebia, era en una escudilla sucia que servia á otra de escupidera; en lo que ejercitaba al mismo tiempo una insigne mortificacion. Habiéndole quebrado este instrumento de mortificacion y penitencia, y escondiéndole otros semejantes, no por eso dejó de ejercitar la pobreza, bebiendo el agua sobre la misma fuente ó pila, sin usar de vasija para tomarla. Jamás pidió cosa alguna para su alivio; ni buscó nada para sí. La habian dado una celda, y la dejó luego, dando por disculpa que la hacia daño. Su celda era el coro; y para tomar de noche su escaso reposo, el dormi-

torio de comunidad, donde tenia por cama una tarima muy angosta, y una estéra ó petate, que la hizo admitir la obediencia. Así murió en esta incomodidad, y en el dormitorio comun.

El desapego de su corazón á todos los bienes, riquezas y comodidades del mundo, no puede facilmente declararse. Jamás sintió haberlo dejado todo, por seguir á su Esposo: olvidó para siempre aquellas viandas groseras del Egipto de que habia salido; empleándose solamente en cantar himnos de alabanza y de bendiciones á su libertador, por haberla sacado de tan duro cautiverio: y si para llegar á la tierra prometida, con cuya esperanza se gozaba, le era preciso caminar por el desierto, donde no veia fruto alguno que sirviese á su comodidad y delicia; se acordaba tambien que ya no estaba sujeta á la tirania insoportable de Faraon.

CAPITULO XVI.

De su pronta obediencia.

Es sin duda un gran sacrificio el que hace la alma religiosa de su voluntad, por el voto de la obediencia. Parece muy duro á la naturaleza, no poder disponer ni de su tiempo, ni de su trabajo, ni de la persona, y no poder decir ni una sola vez, yo haré esto, porque así es mi gusto y mi voluntad; pero cuando se eleva el alma sobre las preocupaciones de la naturaleza, conoce claramente que no hay consuelo como decirse á sí misma: Mientras yo hago menos mi voluntad, hago mas la de Dios.

El amor que Jesucristo tuvo á esta divina virtud, y el aprecio y estimacion que hizo de ella, son grandes y poderosos motivos que llenan de alegria y consuelo á quien la practica. Por hacer la voluntad de su Padre, bajó del cielo á la tierra. En toda la carrera de su vida, hizo de la obediencia su mas sólido sustento; y no quiso dejarla hasta la muerte; queriendo antes perder la vi-

da que la obediencia. Ella es el camino de la salvacion, el modo de vivir en paz en esta vida, y de estar siempre contento y victorioso. San Bernardo nos declara brevemente las cualidades que debe tener la obediencia religiosa, para ser meritoria y agradable á Dios. Por ella nos será fácil juzgar, cual sería la de *Sor María Josefa.*

Es necesario, dice el Santo, obedecer de buena gana, haciendo un sacrificio á Dios de su propia voluntad, por seguir solamente la del superior, obedeciendo á este sin pena, sin rábia, sin altercar ni murmurar, de manera que no se muestre repugnancia alguna en hacer cuanto manda. Las quejas, las murmuraciones, las oposiciones contra aquellos que tienen derecho de mandar, son una falta contra el mismo Dios; como Arón y Moyses, dijeron á los judios, cuando este pueblo rebelde é indócil murmuraba de ellos. No somos ya nosotros, digeron, los que despreciais con vuestras murmuraciones; es el mismo Señor á quien con ellas ofendeis.

Es necesario obedecer á los superiores con sencillez; sin hacer diferencia alguna de talentos, de condiciones, de personas; sin inquietarse por saber la razon ó el fin por qué mandan esto ó aquello. No le agrada á Dios, dice un Padre la tarda y disputadora obediencia, la cual, cuando se manda algo, inquiere, por qué, como y con qué fin, y por qué motivo se manda. El mérito de la obediencia consiste, en cerrar los ojos á las dificultades, evitándo todas las miras del espíritu humano que quiere siempre considerar y ecsaminarlo todo. Si todo lo que se manda fuese siempre agradable ó racional, la obediencia sería una obra del amor propio, que se inclina á todo lo que le agrada, ó del espíritu humano que está obligado á rendirse por último á la razon; pero no sería el ejercicio de una virtud cristiana, que consiste en el sacrificio, por el cual se sujeta el espíritu, y se hace esclava la razon; obedeciendo por amor de Dios, aun cuando la cosa mandada parezca dura y sin razon; ó las personas que man-

dan tuviesen poquísimo mérito y virtud. La cruz de Jesucristo no era ni dulce, ni justa; y, con todo, la abrazó únicamente por cumplir la voluntad de su Padre, y se sujetó á ella con una humildad, que es nuestra instruccion y nuestra regla.

Es necesario, por último, obedecer con prontitud luego que se manda la cosa, y aun prevenir, si es posible, los mandatos del superior; obedecer con una fidelidad continua en todos tiempos, en la edad mas avanzada, igualmente que en la juventud. Solo en un caso no se debe obedecer á los superiores, y es, cuando mandan algo contrario á los intereses y al servicio de Dios; porque, como respondió San Pedro y los apóstoles, al sumo sacerdote y al concilio de los judios: *Conviene obedecer á Dios, antes que á los hombres.*

Practicó Sor María Josefa la obediencia, ajustándose en todo á las reglas que dejámos dichas. Desde novicia; aun sin haber profesado esta divina virtud, puso un particular cuidado en su puntual y ecsacta observancia. No tomaba agua aunque la fatigase la sed, si no pedia antes licencia á su maestra. Ya profesa sujetó de modo su voluntad á la de sus preladas, que ni aun en las cosas mas menudas y pequeñas obraba por propia eleccion, sino por el dictámen de sus superioras. No solo las obedecia cuando espresamente la mandaban algo; sino que procuraba adivinar lo que querian mandarla, para ejecutarlo con la mayor prontitud. Aun las leves insinuaciones de las preladas eran para *Sor María Josefa,* rigurosos preceptos. No desmayaba en su obediencia por ningun acontecimiento; ni manifestaba sus enfermedades para escusarse de la obediencia. Hallándose un dia fuertemente molestada de un grave dolor, ignorando esto la superiora, díjola que fuese á suplir al torno: obedeció con prontitud; pero á poco rato fué necesario sacarla de la oficina, porque estaba fuera de sí, por la vehemencia del dolor; lo que la sucedió en diferentes ocasiones.

Como la devocion á María Santísima de Loreto, es hereditaria

en la casa de *Sor María Josefa,* tenia ésta una imagen de la Santísima Señora, que era todo su consuelo en las aflicciones de su espíritu. Recurria frecuentemente á su soberano y poderoso Patrocinio, y la miraba como á verdadera Madre, proponiéndosela por modelo de todas las virtudes. La prelada, que conocia tambien esto, la dijo un dia: Quiero llevarme esta imagen al coro. La respuesta de nuestra religiosa, fué tomar prontamente la imágen, y encaminarse con ella hácia el coro: mas viendo la superiora su pronta obediencia, la dijo que volviese á ponerla en su lugar. En su última enfermedad, solo con decirla que la prelada mandaba que tomara esto ó aquello, como si oyese la voz de su divino Esposo, hacia mil esfuerzos para incorporarse en la cama, y apuraba todo el vaso hasta no dejar gota, aunque fuesen las medicinas mas insípidas y desagradables.

Siendo maestra de novicias, daba frecuentemente lecciones sobre esta virtud á las veinte hijas que estuvieron encomendadas a su cuidado. Deciales, entre otras cosas: *Que el obedecer era propia conveniencia; pues echaban en hombros agenos las cargas que quizás no pudieran soportar los suyos.*

Estando una vez en recreacion con la comunidad, la prelada que conocia muy bien cuanta era su modestia y la vergüenza de su génio, la mandó que bailase allí delante de todas. Apenas oido el precepto, lo puso en ejecucion la obediente súbdita; dejando á todas edificadas con su rendimiento y sumision. En suma, jamás se vió que repugnase mandato alguno de sus superiores, aun las mas ligeras insinuaciones. Estaban profundamente grabadas en su corazon aquellas palabras del escelente libro de la imitacion de Cristo: *Quien procura substraerse de la obediencia, él mismo se quita la gracia.* Pero, ¡qué mucho obedeciese á sus superiores con tanta prontitud y gusto, quien con el mismo obedeció siempre á cualquiera religiosa ó donada que le decia: *Le mando esto!*

CAPITULO XVII.

De su virginal pureza.

NADA hay en este mundo, segun el testimonio del Espíritu Santo, que iguale al precio de la bella virtud de la virginidad. Entre los elogios que la han dado los Santos Padres, dice San Juan Climaco, algunos la han llamado, una participacion de la naturaleza angélica, una habitacion digna de Jesucristo, el escudo del corazon, un cielo terrestre, y la calma de todas las pasiones. ¿Qué cosa mas bella que la castidad, esclama San Bernardo, la que hace puro á quien fué concebido en la impureza; de un enemigo hace un doméstico; y de un hombre hace un ángel?

San Cipriano llama á las vírgenes, la mas bella flor del jar- „din de la Iglesia, la honra de la religion cristiana, el ornamento „de la gracia, el escuadrón mas generoso entre los soldados del „Salvador, una fiel imitacion de la pureza de los ángeles, la mas „viva imágen de la santidad del mismo Dios, la mas ilustre por- „cion de la grey de Jesucristo, y la alegria, gloria y honor de la „Iglesia. Esta santa madre se regociga en dar á su Esposo tan „bellas y tan nobles hijas. En ellas y por ellas, comparece su fe- „cundidad en todo su brillo y con todo su mérito: ó, por mejor „decir, ella admira perpetuamente la gracia que hace su Esposo, „formando en su seno aquel gran número de vírgenes que la „hacen tan hermosa y tan pura á sus ojos; puesto que, añade „San Fulgencio, un don tan raro y tan precioso, no puede venir „sino de aquel divino Salvador, que al mismo tiempo es Hijo úni- „co de una Vírgen, único Esposo de todas las vírgenes cristianas, „único fruto de la santa virginidad, el don del cielo, y la gloria „de la tierra, que una Santa Vírgen ha parido segun la carne, „con quien se desposan las santas vírgenes segun el espíritu, y „por quien la santa virginidad recibe la gracia que la hace in-

„violable, los ornamentos que la conservan su belleza, y la recom-
„pensa que la corona en el cielo."

San Agustin hace el mas bello elogio de la virginidad y de las vírgenes, diciendo: „La pureza de las vírgenes tiene un puesto „muy distinguido en el cielo; segun aquel dicho de la Escritura, „donde Dios promete á las vírgenes darlas en su casa y en el „recinto de sus murallas, un puesto particular y mas honroso „que el de sus otros hijos, y un nombre eterno que jamás se ol- „vidará; porque han abrazado voluntariamente la continencia. „El reino de los cielos, prosigue el Santo, será la posesion de to- „dos los justos que habrán perseverado hasta la muerte; porque „conviene que este cuerpo corruptible sea vestido de la incorrup- „cion, y que este cuerpo mortal sea vestido de la inmortalidad; „y esta será la recompensa comun á todos los bienaventurados. „Pero así como entre las estrellas hay unas mas brillantes que „otras, así en la universal resurreccion de los muertos tendrán „las vírgenes un lugar mas distinguido, y una silla mas honrosa „que los demás Santos."

Dirigiendo despues su voz á las vírgenes, las habla de esta suerte: „Enamoráos mas cada dia de vuestra profesion, ó cas- „tas esposas de Jesucristo, alabad siempre al Señor con mayor „dulzura y contento; porque vuestra única ocupacion sobre la „tierra es, pensar en él solamente. Esperad que poseyéndolo, „gozareis una felicidad mayor que la de los otros; porque ser- „visteis con mas fidelidad y fervor. Esperadlo, que vendrá bien „presto, para introduciros en la sala del festin; y entre tanto te- „ned encendidas las lámparas. Cantareis en las bodas del Cor- „dero un cántico nuevo, y no será este como el que canta toda la „tierra; sino será tal, que ninguno otro fuera de vosotras podrá „cantarlo." Esta es la bella idea que de la bienaventuranza de las vírgenes nos dá el discípulo Vírgen en su divino Apocalipsis. „Yo ví, dice, sobre el monte Sion al Cordero, y con él ciento „cuarenta y cuatro mil personas, que tenian escrito sobre sus

„frentes el nombre de su padre. Entónces oí una voz del cielo, „como el ruido que forman muchas aguas, y como la voz de un „grande trueno; y esta voz era como el rumor que hacen muchos „músicos que suenan á un mismo tiempo sus instrumentos. Y „cantaban como un cántico nuevo delante del trono, y delante de „los cuatro animales y de los ansianos; y ninguno podia cantar „este cántico, si no eran aquellos ciento cuarenta y cuatro mil „redimidos de la tierra. Estos son los que no se han manchado „con las mugeres porque son vírgenes; estos siguen al Cordero „donde quiera que va." ¿Donde vá, pues, (prosigue San Agustín, hablando de las vírgenes): „¿donde vá este Cordero, puesto que „solas vosotras podeis ir con él? ¿A qué bosques, á que prados „se encamina este Cordero celestial? Yo tengo para mí, que „va a un lugar donde se gusten delicias inefables. Estas no son „las vanas alegrias, ni los placeres incípidos y falaces de este „siglo; y ni aun aquellas mismas delicias que gustarán en el cielo „los que no son vírgenes. Las delicias y las alegrias de las vírge- „nes, serán el gozar de Jesucristo, en Jesucristo, y esto de un mo- „do diverso que los demás Santos. Tendrán tambien estos sus ale- „grias; pero no como las vuestras. Vosotras seguís al Cordero; „porque la carne del Cordero es vírgen: los otros fieles que no „tienen esta virtud, siguen al Cordero, no por todas partes por „donde vá, sino hasta donde pueden; quiero decir, por todas „partes, ménos cuando él camina en la belleza y en la magnifi- „cencia de la virginidad." Hasta aquí San Agustín.

De estos y otros magníficos elogios que dán los Santos Padres á la virginidad, bien se conoce claramente, que así como este estado es el mas santo y el mas bello de la religion de Jesucristo, así tambien deben las vírgenes tener un gran cuidado de conservar esta hermosísima virtud. Nada hay en el mundo mas precioso que ella; pero tampoco nada mas fácil de perderse.

Bien lo conoció así *Sor María Josefa,* y aunque sentia aquella guerra intestina que San Pablo llama, la ley de los miem-

bros; porque la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu, y el espíritu los tiene tambien contrarios á los de la carne; sin embargo, con la gracia de Dios, por los méritos de nuestro Señor Jesucristo, consiguió una completa victoria en esta cruda guerra, poniendo por obra todos los medios necesarios; esto es, la humildad, la oracion y la penitencia, como ya hemos visto.

La humildad producia en ella el temor y la desconfianza, y esta la hacia amar el retiro, bajo cuya sombra está segura la pureza. Huía de las comunicaciones y visitas, aun de sus propios hermanos y hermanas que vivian en el siglo. Detestaba todo afecto tierno hácia cualquiera persona, y toda amistad particular. Su oracion contínua la ocupaba de modo, que no hallaba otro consuelo sino en pensar en su Esposo, en hablar de sus perfecciones, y en amarlo con todas sus fuerzas, con todo su corazon y con toda su alma. Este amor la hacia evitar el ocio, enemigo tan formidable de la pureza; estando ella siempre santamente ocupada en cuanto puede permitirlo el peso del cuerpo mortal, y las necesidades de la vida. Este mismo amor la inspiraba aquella rigorosa penitencia; la habia reducido á no tener ya sino la piel y los huesos; mudándo toda la hermosura con que liberal la habia dotado el cielo, en la semejanza de un esqueleto. Este, finalmente, la hacia velar continuamente sobre sus sentidos, obligándose, como ya vímos, con el estrecho vínculo de un voto, á no mirar jamás el rostro de ningun hombre; á reducirse á un alimento tan escaso que apenas podia sustentarse; y, en una palabra, á imitar á San Pablo, pudiendo decir con él: *Yo no corro en vano, ni doy golpes en el aire; sino que trato ásperamente mi cuerpo, y lo reduzco á servidumbre.* Con estas sábias precauciones consiguió *Sor María Josefa,* conservar siempre fresca y fragante la azucena hermosa de la virginidad.

CAPITULO XVIII.

De la ecsacta observancia de sus reglas.

UNA de las señales de la verdadera Iglesia, es el tener retiros de vírgenes sábias, en cuyas manos se vean las lámparas llenas de aceite, siempre ardiendo, siempre brillantes y luminosas. En estos sagrados retiros, mejor que en el bullicio del mundo, es donde se adora á Dios en espíritu y verdad; se conocen y se cumplen las propias obligaciones; y el espíritu se sujeta mejor á Dios.

Aquí es donde se respira un aire mas puro, y se aflige la carne para sujetarla al espíritu. Aquí es donde se procura copiar en la propia conducta la santidad de los fundadores y la del mismo Jesucristo; y se coloca toda la devocion en observar las mácsimas del evangelio, y las reglas del instituto. Aquí es, por último, donde se está al abrigo de las tempestades que se encuentran en el mar borrascoso del siglo. Felíz aquella alma que por la mano de Dios es conducida á estos sagrados asilos, que él ha conservado en medio de la corrupcion de este mundo. Bien puede mirar este beneficio como una señal de ser del número de las ovejas de Jesucristo, las cuales no perecerán, sino que vivirán eternamente felices.

Pero no basta entrár solamente á los sagrados monasterios, si en ellos se vive una vida disipada y poco conforme á las reglas, del instituto. La obediencia á estas reglas, es el medio seguro para llegar á la perfeccion mas sublime: medio seguro, porque no hay otro; pues cuando un ángel del cielo enseñára á una religiosa otro camino distinto de la observancia de los preceptos de nuestra santa religion y de su propia regla, deberia maldecirlo con el Apostol de las gentes. Aquel gran Maestro de espíritu San Francisco de Sales, decia muchas veces, que si la providencia lo hubiese colocado en el claustro, habria hecho consistir toda su virtud en el cumplimiento literal de sus constituciones ó reglas;

y que si en un monasterio se encontrásen algunas de aquellas personas de capricho, que no observan las reglas de su comunidad, sino solamente las que se conforman con sus ideas, y que pasan una vida separada en aquellos lugares donde todos no deben formar sino un solo cuerpo, afirmaria sin titubear, que semejantes personas eran ángeles de tinieblas, transformados en ángeles de luz, y que aunque las viese hacer milagros, dudaria siempre de su santidad.

Toda la perfeccion, pues, de una religiosa consiste en observar la divina ley y las reglas propias de su instituto; y sin esta observancia no entrará jamás en el reino de los cielos; lo que nos insinua el Salvador, cuando dice, que solamente aquellos que harán la voluntad de su Padre, entrarán en aquel felicísimo reino. Ahora, pues, así como esta voluntad se nos manifiesta en lo general por los mandamientos de Dios y de la Iglesia, así se nos significa en particular por las obligaciones de la vocacion á que cada uno ha sido llamado; de manera, que la voluntad de Dios es, que cada uno cumpla con aquello á que está obligado por su profesion, sin atender á otra cosa. Un árbol no produce jamás los frutos de otro árbol; así también una religiosa no debe emplearse en cumplir otras obligaciones que las del mismo estado que eligió, satisfaciendo á ellas plena y perfectamente.

De este modo satisfizo *Sor María Josefa* á las de su instituto observando todas sus reglas con la mas escrupulosa ecsactitud. Jamás faltó á ninguna distribucion de comunidad, si nó fué estándo postrada en cama, ú ocupada en alguna oficina por la obediencia. Para ella no habia cosa que la impidiese el rezar en el coro con la comunidad el oficio Divino. Aunque estuviese con un vehementísimo dolor de muelas, que los padecia continuos con fluccion á la cara, con uno de los ojos bastantemente inflamado; con todo eso se dejaba ver de las primeras en el coro. Muchas veces habiendo allí mismo caido desmayada por algun fuerte vahido, la sacaban del coro fuera de sí; pero luego que volvia de

aquel desmayo, volvia tambien al coro á seguir su distribucion. Aun postrada en la cama, no dejaba de rezar el oficio Divino; procurando, en cuanto se lo permitian las enfermedades y sus débiles fuerzas, estár de rodillas ó en otra reverente postura; y hasta el mismo dia que murió, pidió la trajesen un *Diurno* para rezar las horas menores. Era muy digno de notarse, que guardándo siempre el silencio que previenen las reglas, de modo que aun para hablar lo necesario lo hacia con voz baja, solamente en el coro daba libertad á su voz, cantándo en tono por observar una de sus reglas, que así lo ordena.

Celosa y puntual observante de todas ellas, nunca quiso dormir en celda particular, sino en el comun dormitorio; no obstante de que por sus continuas y notorias enfermedades, estaba dispensada de esta ley: lo que cuando la proponian algunas religiosas, consultándo á su alivio y comodidad, y representándola al mismo tiempo que el derecho de fundadora la daba libertad para esto, respondia: que por lo mismo debia ella ser la primera en dar buen ejemplo, y no ser causa de que por su poco sufrimiento se relajara la comunidad, ó se dejase de observar por su causa ni la mas pequeña regla.

Como por una de estas pertenece á la vicaria la limpieza y aseo de los coros, procuraba observarla tan literalmente, que ella misma los barria y limpiaba, sacudiéndo el polvo, y preparándo todas las cosas necesarias para que nada se echase menos en el cumplimiento de su obligacion. Siendo portera mayor, una de sus hermanas, que habia venido á visitarla, se hallaba en la porteria del monasterio con un niño en los brazos; llegó la hora de cerrar la puerta, y al punto dijo á su hermana: *Vete, porque ya es preciso cerrar*. Una donada la respondió diciendo: *Madre, ¿cómo se ha de ir si no ha venido todavia su coche, ni hay aquí nadie que pueda llevarle la criatura?* La respuesta de *Sor María Josefa,* fué decirla: *Que se vaya á una casa de esas mas cercánas, ó que se espere ahí hasta que vengan de su casa; pero no por eso*

se ha de dejar la puerta abierta. Así supo vencer aquel amor natural de hermana, posponiéndolo á la ecsacta observancia de su instituto.

Esta misma brillaba siempre en todas sus acciones, aun en aquellas que la habian hecho objeto de las censuras de los poco instruidos en los preceptos de la regla de su comunidad. Una de ellas es, que las religiosas no salgan á la porteria sin tener cubierto el rostro con el velo: regla sin duda importantísima, y cuya inobservancia puede acarrear graves perjuicios y fatales consecuencias. Tertuliano compara el velo de las vírgenes, á un escudo que sirve de defensa al alma contra todos los escándalos á que ella podria estár espuesta, y contra todos los asaltos y tentaciones que ella tiene que sostener. Cubriéndose con este velo una vírgen cristiana, hace una protesta auténtica y solemne de la resolución en que ella está de cerrar para siempre los ojos á todos los objetos terrestres y profanos; de sofocar dentro de sí misma los deseos mas perniciosos, como son, el de ver y ser vista, que son tan frecuentes en las mugeres; y de sepultarse aun viviendo, en la oscuridad del retiro, para no ser ya más del mundo, y no tenér con él comercio alguno; de no ocuparse por último, sino en el cuidado de agradar á su divino Esposo; de entregarse únicamente á Dios; y de no tener otra correspondencia que con el mismo Dios. Ignoraban sin duda todo esto los que censuraron alguna vez á *Sor María Josefa,* el cuidado que ponía en no dejarse jamás ver con el rostro descubierto, á menos que la prelada no la obligáse á ello por alguna causa justa. Ignoraban tambien que su conducta era conforme enteramente á lo que en términos bien claros y precisos ordena su regla sobre este punto; pero ella que no queria agradar á los hombres sino á Dios, siguió siempre constante y tenáz en su firme propósito de no vulnerar con su inobservancia aquellas preciosas reglas que la servian de seguro medio para alcanzar la felicidad eterna.

Una de las principales y mas importantes ventajas que tienen

las personas religiosas para llegar al logro de esta misma felicidad, es el vivir separadas del mundo, y distantes de los peligros que en él se encuentran á cada paso. Para no privarse *Sor María Josefa* de estas ventajas, no mantenia comercio alguno con las personas del siglo, evitando correspondencias y visitas, aun las de sus mismos hermanos; pues para que bajase á la reja a verlos, era preciso se lo mandara la superiora; y de aquí ya se deja entendér como se abstendria de otras visitas y correspondencias con personas extrañas, en las cuales, cuando no hubiese otro mal que la pérdida de tiempo, la disipacion del espíritu, y la privacion de aquel recogimiento necesario para la oracion y para los demás ejercicios de comunidad, seria sin duda un daño muy grave, y por tanto se deberia evitár con el mayor cuidado y diligencia: pero por lo ordinario no para en esto todo el daño; antes suele muchas veces pasar adelante, hasta causar en los monasterios la relajacion, la inobservancia de las reglas, y el descuido de las obligaciones esenciales del estado religioso: en suma, puede decirse francamente, que éste es el origen principal de los desordenes que insenciblemente se introducen en las comunidades. No puede por tanto una religiosa hacer cosa mas agradable á Dios, y útil a su alma, cuanto el romper todo comercio con el mundo, amando el retiro y la soledad, donde Dios se comunica á las almas, les habla al corazon, y las llena, aun en esta vida, de suaves y celestiales delicias; segun él mismo dijo por su profeta: *Yo la conduciré á la soledad, la alimentaré con leche, la hablaré al corazon, y la haré gustar una verdadera y santa dulzura.* Buena prueba tenémos de esto en *Sor María Josefa;* pues nunca se hallaba mas contenta y gustosa, que hallándose retirada dentro de la soledad de su monasterio, apartada de las comunicaciones del siglo, y observando las reglas de su religion.

Como la observancia de los votos forma la parte mas noble de estas reglas, para el puntual cumplimiento de ellas, tenia hecho un firme propósito, que en el órden de los que nos dejó

escritos en el séptimo, y dice así: *Propongo poner todos los medios posibles para la guarda de mis cuatro votos. En la obediencia con solo que conozca la voluntad de mis prelados, teniéndolo por lo mejor: en la pobreza contentándome con menos de lo necesario, y sea lo mas pobre: en la castidad muy recatada; no mirar, ni tocar, ni que me toquen; en las ocasiones necesarias con gran recato: en la clausura no ser causa de que se quebrante por mí.* Y pues ya vimos antes con cuanta perfeccion observó los tres votos, razon será que digámos ahora algo del de la clausura.

El mismo dia que (como esperámos) pasó de esta á mejor vida, la envió á decir su confesor, que si quería reconciliarse ó que entrase á darla algun consuelo: oyó la observantísima religiosa lo que se la dijo por parte de su director, y respondió: que se alegrára mucho en recibir sus consuelos; pero que, á la verdad, queria que fuese sin agravio de la clausura. ¿Quién ha visto tan escrupulosa observancia, en un tiempo en que comenzando ya á acercarse á las puertas de la eternidad, parece no habia motivo de temer que se quebrantásen las estrechas leyes de la clausura religiosa, permitiendo la entrada á su mismo director, que solicitaba cuidadoso esforzar su espíritu, y prepararlo para tan largo viage? ¿Cómo no temeria el que por ella se quebrantáse en otras ocasiones diferentes, cuando se mostró temerosa aun en las mas necesarias y precisas circustancias? Con semejante ecsactitud y puntualidad, observó siempre todas y cada una de las reglas de su instituto; destinándola tal vez la divina Providencia, para que en estos últimos tiempos sirviese de ejemplar á las religiosas, á fin de que, sin pretender benignas y arbitrarias interpretaciones de aquellas reglas, á cuya puntual observancia se obligaron en su profesión solemne, no atiendan á lo que practica esta ó aquella; sino al espíritu de su instituto, que fué el que profesaron; y no á los abusos y corruptelas que se introducen facilmente en los monasterios, por la relajacion de las tibias é inobservantes.

CAPITULO XIX.

De su temprana muerte y magníficos funerales.

Por todo lo que hasta aquí hemos dicho de las heroicas virtudes de *Sor María Josefa,* bien podémos afirmar piadosamente, que se verificó en ella lo que está escrito en la Sabiduría: que en el breve tiempo en que vivió en el mundo, completó un largo curso de vida, llenando su espíritu de merecimientos y de virtudes; por lo que siendo su alma agradable á Dios, se apresuró á llevarla para sí, y á libertarla de los lazos y peligros del mundo.

Poco importa, á la verdad, que la vida sea larga ó breve; lo que importa únicamente es, que se viva bien, que se logre una buena muerte, y se llegue á la pátria celestial, á aquel reino eterno que Jesucristo nos ha merecido, y nos ha enseñado á pedirle todos los dias con aquellas palabras de la oracion dominical: *Venga á nos tu reino.* Mil años delante de Dios, como se dice en la Escritura, son como el dia de ayer que ya pasó; y todo lo que una vez perece, no es sino una nada comparado con aquella interminable eternidad, hácia la cual caminámos todos los dias á grandes pasos, y que en cada momento nos espera; por lo que debémos estár siempre preparados, como nos amonesta Jesucristo nuestro Salvador en el evangelio; porque no sabémos ni el dia, ni la hora en que ha de venir á juzgarnos; como que la muerte suele venir como un ladron en el tiempo en que menos se espera. Bienaventurado, dice el Evangelio, aquel siervo que cuando venga su Señor lo hallare vigilante y aparejado; porque oirá de su divina boca aquellas dulcísimas palabras: Ven siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor, para alabarlo, amarlo y gozarlo en compañia de los ángeles y los santos.

Así piadosamente esperamos mereceria *Sor María Josefa,* oir las mismas dulcísimas voces con que su celestial Esposo la convidaria para que pasase de esta infeliz tierra á ser coronada en

el cielo. Habiéndola encontrado como una vírgen prudente con la lámpara encendida, es de esperar que la admitiría á las bodas del Cordero. Toda su vida la habia empleado en prepararse para este suntuoso festin, manteniendo su alma pura y ricamente adornada con la vestidura nupcial. Pocos dias antes de su última enfermedad, no sé con que anuncios de su cercana muerte, instó mucho a su director para que le permitiese lavar con lágrimas de un sincéro arrepentimiento las manchas contraidas por su miseria en toda su vida pasada, por medio de una confesion general; la que sirvió á su director para dejarnos un auténtico testimonio de que aquella feliz alma no habia perdido la gracia que recibió en el santo bautismo.

Cayó, por último, en la cama, gravemente enferma, y tolerando con la mas invicta paciencia, como ya dijimos, el tormento de los gusanos (*) que en gran cópia salian por las narices, rebozando su espíritu de un gozo y júbilo que la hacian dulces todas las penas, entonando con clara voz el cantico de los tres

(*) Estos gusanos eran de un pólice de largo, y dos lineas de grueso, de un color oscuro, con pies, y lleno todo el cuerpo de pelos. Una ú otra persona curiosa y amante de observar los maravillosos fenómenos que á cada paso nos presenta la naturaleza, aun en los mas viles y despreciables insectos, llevó a sú casa algunos de estos, y observó, que pasando por el estado medio de *ninfas ó crisálidas,* se transformaron en *mariposas,* siguiendo en todo el método regular, observado por los naturalistas en esta admirable metamorfosis. No es fácil determinar á que familia de gusanos ú orúgas, pertenezcan los insectos de que hablámos. Mr. Goedart, [*História general de insetes*], ha llegado á distinguir ciento y cincuenta especies diferentes. Otros naturalistas que han hecho un particular estudio de estos animales, añaden otras especies, que se escapáron á Goedrat, como afirma Mr. Valmont de Bomare. (Dictionaire d' Histoire Naturelle tomo 2. Articl. Chenille, pág. 52. A Paris 1769.) No es propio de este lugar, ó de nuestro asunto, inquirir si algunas de las enfermedades de *Sor María Josefa,* provenian de estos gusanos; ó determinar el modo con que ellos se introdujeron en su cuerpo. Mucho se podria decir sobre ambas cosas, con la autoridad de los mas célebres naturalistas y médicos, como los Señores *Rawnur, Vallisnieri, Borelli, Lester, Loynet, el Dr.* inglés, *Tison* y otros; pero se deja á la curiosidad de los que se emplean tan útilmente en observar la naturaleza y sus admirables fenómenos.

niños, y aquel con que el Santo viejo Simeon bendijo á Dios, porque cumplia lo que le habia prometido, y en que manifestó el deseo de morir, ya que sus ojos habian visto al Salvador, que Dios debia esponer á la vista de todos los pueblos para ser la luz de las naciones y la gloria de Israel, placidísimamente espiró el jueves 9 de agosto de 1770, á las tres y media de la tarde, á los 33 años, 8 meses y 2 dias de su edad; y 14 años, 6 meses y 8 dias de religion.

No es necesario pintar al vivo las lágrimas y el sentimiento de toda la religiosísima comunidad, al verse en tan breve tiempo privada de aquella fundadora que tantos ejemplos de virtud la habia dado siempre, y á quien amaban todas, con las mas singulares demostraciones de una reconocida gratitud. No debe la pluma renovar en el corazon de estas religiosas aquel dolor, que aun sin esto permanece vivamente impreso en sus almas; sin que sea capaz de borrarlo, ni aun el tiempo que todo lo acaba y consume.

Al primer toque de los dobles lúgubres de campanas, ocurrió multitud de gente al monasterio, é impacientes por ver el cadáver, prorumpian los párbulos en estas voces: *Por donde verémos á la santita: dejennos ver á la santa;* perfeccionando Dios su alabanza por la boca de los inocentes. Clamaban todos porque se les diese algun pedacillo de su ropa, que ellos llamaban *reliquias,* y porque se permitiesen tocar á su cuerpo algunas cosas de las que llevaban prevenidas. Sin embargo que aquella discreta comunidad procedió en todo con la mayor circunspección y prudencia, viendo que no podia sosegarse la multitud si no se la concedia en parte el pronto despacho de sus súplicas; hubo de dividir en menudos pedazos las pobres alhajillas de la religiosa difunta, para contentar en alguno modo el afecto de tantas personas. Tal era el concepto que todo el público se habia formado de la virtuosa y ejemplar vida de *Sor María Josefa.*

Otro dia por la mañana dió honrosa sepultura al cadáver,

con toda la pompa y magnificencia posible, el Lic. D. Juan Manuel Villegas, cura y juez eclesiástico de la misma villa, y vicario del real convento; concurriendo el muy Ilustre cabildo, el venerable clero y sagradas comunidades, á solemnizar estos últimos honores tan justamente debidos á la virtud de *Sor María Josefa.* En las frentes de todos se leia escrito el interior sentimiento. Alababan unos la humildad de la difunta, y el generoso desprecio que hizo de las honras y riquezas mundanas: ensalzaban otros su mortificacion y penitencia; y no hallaban voces con que espresar el alto concepto que tenian de sus heroicas virtudes, y de los insignes ejemplos con que aun desde sus tiernos años edificó a toda su pátria; prorumpiendo por último en gemidos y lágrimas, al contemplarse privados de tan rico tesoro.

Su hermano el regidor decano, y alferez real de la villa de San Miguel el Grande, D. José Mariano Loreto de la Canal, así como la habia siempre amado tiernísimamente, así se entregó de modo al natural sentimiento y dolor, que lo sacaban fuera de sí, hallándose casi incapaz de contestár en ningun asunto. Para desahogar en parte su pena, ordenó se hiciese á su difunta hermana un solemnísimo novenario de misas; y despues de obtenida la venia del Illmo. diocesano, dió paso á que se solemnizasen las ecsequias mas magníficas que se han visto en dicha villa.

Se dispuso en la iglesia del real convento de religiosas, donde descansa el precioso tesoro del cadáver de su fundadora, una magestuosa *pira,* iluminada de la mas fina cera, y hermoseada con diversos geroglíficos que espresaban las virtudes de la difunta; obra del agudo ingenio del Padre D. Cárlos Martinez, presbítero de nuestra Congregacion. Estándo todo dispuesto, y con la asistencia del muy Ilustre ayuntamiento, y de las personas mas distinguidas del lugar; despues de haberse cantado solemnemente la *vigilia* el dia 10 de septiembre del mismo año, por la tarde pronunció una tierna oración latina, en elogio de las virtudes de *Sor María Josefa,* el M. R. P. Fr. Francisco Arau-

jo, de la regular observancia de nuestro Padre San Francisco, guardian que era entónces del convento de Señor San Antonio, en la misma villa; cuyo singular mérito ha calificado su discretísima provincia, en los importantes empleos que ha confiado en su conducta. Otro dia por la mañana, despues que se celebraron los divinos misterios y oficios, predicó el sermon de honras el Padre D. Juan Antonio Yañez, presbítero de nuestra Congregacion, quien como habia sido por varios años director de la conciencia del digno objeto de su elogio, conmovió en todo el numeroso concurso la admiracion y el pásmo, al oir de sus elocuentes lábios la narracion de los heróicos hechos de su espiritual hija.

No era justo que la Santa Escuela de María Santísima, fundada con autoridad apostólica en la Santa Casa Lauretana, á solicitud del caballero D. Manuel de la Canal, padre de la difunta religiosa, se contentáse solamente con sentir la falta de tan ejemplar discípula de dicha Santa Escuela; por lo que con acuerdo de su patrono, que lo es el mismo D. José Mariano Loreto de la Canal, y con universal consentimiento de todos los que componen su venerable Mesa, se determinó solemnizar en la Santa Casa otros funerales, que no cediesen en la magnificencia á los que ya hemos referido. Se dispuso nueva y suntuosa *pira,* ideada por la brillante fantacia del M. R. P. Fr. Antonio Araujo, de la regular observancia de nuestro Padre San Francisco. El 24 de septiembre por la tarde, terminada la *vigilia,* dijo la oracion latina el Br. D. Juan Manuel Sanchez Caballero, clérigo presbítero, y capellan del real convento de religiosas, en la que dió muestras de su vasta erudicion y de su peregrino ingenio. Al dia siguiente por la mañana, despues de celebrado el incruento sacrificio, ocupó el púlpito el ya dicho M. R. P. Fr. Antonio Araujo, embelesando al auditorio con una produccion propia de su raro talento. El lucimiento de todas estas funciones, y el costo de ellas, se debió, como dejámos dicho, al empe-

ño y solicitud del caballero Canal, hermano de *Sor María Josefa,* cuya vida hemos escrito; sí no con aquel estilo y espresiones proporcionadas al dignísimo objeto que nos propusimos, á lo menos correspondientes á los buenos deseos que hemos tenido de dar á conocer sus virtudes, para la edificacion comun de los fieles, gloria, honor y consuelo de su noble casa, y del real monasterio de que fué dignísima patrona y fundadora.

¡O cuántos ejemplos de virtud nos ha dejado esta religiosa, digna verdaderamente de ser colocada en el número de las vírgenes sabias y prudentes. Ella no procuró adornar con oro y preciosas piedras aquel cuerpo, que como dice el Espíritu Santo: *Tendrá por su herencia los gusanos y la podredumbre;* y no poniendo su estudio en comparecer esteriormente adornada, enrizados sus cabellos, segun el documento del Apóstol San Pedro, *adornó su alma y su interior con la pureza incorruptible de un espíritu lleno de dulzura y de paz, lo que forma un rico ornamento á los ojos de Dios.* Ella no apreció la gloria vana que se funda sobre la engañosa opinion de los hombres mundanos, por adquirir aquella que nace del temor santo de Dios, sin el cual no hay verdadera gloria para ninguna suerte de personas, bien sean ricas, pobres, nobles ó plebeyas, como dice el Espíritu Santo: la gloria de los ricos, y de quien goza los honores, y de los pobres, es el temor del Señor. Ella dejó un mundo lleno de engaños y falacias; un mundo que ejercita una cruel tiranía sobre sus amantes; un mundo cuyas delicias traen consigo una amargura verdadera, y una dulzura falsa; un seguro tormento, y un incierto placer; una insoportable fatiga, y un reposo lleno de solicitud; una real y presente miseria, y una esperanza sin objeto de verdadera felicidad. Ella abrazó una vida pobre, obediente, pura, mortificada, paciente y trabajosa. Ella, por último, por tal de seguir esta vida tan melancólica á los ojos de los mundanos, dejó riquezas que se desvanecen como humo, que se secan tan presto como la yerba á los ardientes rayos del sol, que rápi-

damente se vuelan con el tiempo; y en cambio de estas viles y despreciables cosas, adquirió bienes verdaderos, sólidos y eternos; y se mereció (como esperámos piadosamente) una corona de gloria, que no se acabará jamás. Puedan tan ilustres ejemplos mover las almas religiosas á amar cada dia mas su vocacion, y á perfeccionarse en ella con la puntual observancia de sus sagrados institutos; y puedan igualmente apartar nuestro corazon y afecto de los bienes engañosos de este mundo. *¿Hasta cuando con un corazon pesado é inclinado á las cosas de la tierra,* como se dice en la Escritura, *amarémos siempre la vanidad, y andarémos buscando la mentira?*

FIN

O. S. C. S. M. E. C. A. R.

INDICE

